

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

← BARCELONA 27 DE NOVIEMBRE DE 1916 →

NÚM. 1.822



LOS DESASTRES DE LA GUERRA.- Estado en que se encuentra la iglesia de Nuestra Señora de Brebieres, de Albert, destruída recientemente por los bombardeos alemanes. (De fotografía oficial remitida por Carlos Trampus.)

Esta notable iglesia de Albert, pueblo del departamento del Somme, fué reconstruída durante el siglo XIX; es un templo de estilo romano bizantino modernizado, con una esbelta torre coronada por una imagen dorada de la Virgen, que en el grabado se ve derribada y sosteniéndose por un prodigio de equilibrio. Constaba de tres naves y estaba interiormente decorada con gran riqueza de pinturas, esculturas y mosaicos.

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar

EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO

de C. Massó
Clases superiores y especiales para el Panguingue (Filipinas)

NAIPES COMAS

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708
Dirección telegráfica: SAMOCA

FINOS
DE HILO Y UNA HOJA

Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada en 1797
SEBASTIÁN COMAS Y RICART

BARCELONA.-Calle de Lauria, núm. 4

MUEBLES de junco y médula fina.

MARCA

ME PNE

REGISTRADA

Fábrica sin sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precluidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



TONA ROQUETA
agua mineral natural.

Cura las diferentes manifestaciones del *escrofulismo*, *herpetismo* y *stífilis*; los estados morbosos del corazón, riñones e hígado; la cloro-anemia y el reumatismo.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales. Los pedidos al por mayor pueden dirigirse a D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).



Renaud Germain
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo

MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos.

Barcelona



· MÁGICO · · LABERINTO ·



Hallándose un día sola la traviesa niña Lola,

en la sopera vertió un frasco que ella cogió,

sin saber la sin ventura que era de AGUA PECA-CURA.

La sopa todos comieron y así al espejo se vieron.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

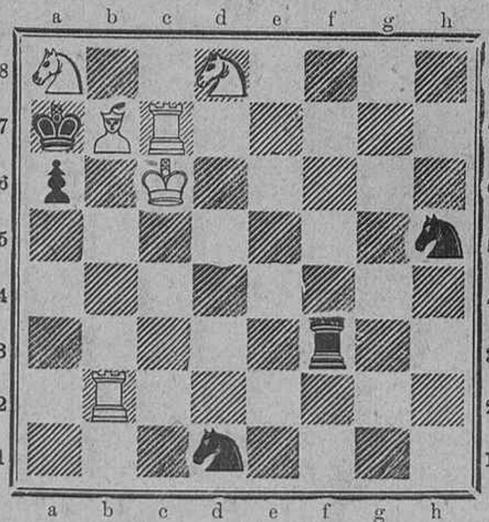
SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 706, POR O. WURZBURG

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 705, POR F. JANET

1. Dh2-b8.

Ilustración Artística



Año XXXV

BARCELONA 27 DE NOVIEMBRE DE 1916

Núm. 1.822



NOVIA VALENCIANA, cuadro de Baldomero Gili y Roig
(De fotografía de F. Serra.)



Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *En la altura*, por Sebastián Gomila. — *La guerra europea*. — *Fallecimiento del emperador Francisco José I de Austria Hungría*. — Barcelona. *El Hospital de Santa Cruz y de San Pablo*. — Mario G. Menocal. — D. Ramón Picó y Campamar. — *El célebre guitarrista Andrés Segovia*. — Madrid. *Exposición del Círculo de Bellas Artes*. — *El cabo Siwestre* (novela ilustrada; continuación). — *La guerra en el Este africano alemán*. — Madrid. *Inauguración del nuevo edificio del Centro del Ejército y de la Armada*.

Grabados. — *Novia valenciana*; *Viejo pescador*; *En la costa catalana*, cuadros de Baldomero Gili y Roig. — Dibujo de Opisso, que ilustra el cuento *En la altura*. — *Azulejo de porcelana y plato cenicero «cloissonné»: Al mercado (Salamanca)*; *Escultura esmaltada de Jesús*, obras de Daniel Zuloaga. — *Composición de estilo Watteau; Pannicu de azulejos de porcelana*; *La vuelta del mercado (Salamanca)*, obras de Juan Zuloaga. — S. M. *el emperador Francisco José I de Austria Hungría*. — *La guerra europea*. — *El nuevo clavicordio*, cuadro de Enrique Seymour Lucas. — *Los Regentes del Hospital de Leprosos de Harlem*, cuadro de Jacobo de Bray. — Mario G. Menocal. — D. Ramón Picó y Campamar. — Andrés Segovia. — *La guerra en el Este africano alemán*. — Madrid. *Inauguración del nuevo edificio del Centro del Ejército y de la Armada*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

El domingo pasado, día 19, tuvo efecto en el Hospital de San Pablo la solemne entrega del premio extraordinario concedido por el Ayuntamiento de Barcelona al arquitecto D. Luis Doménech y Montaner, autor del citado conjunto de edificios, costeados en gran parte por la munificencia de D. Pablo Gil. El pingüe legado de este ciudadano benemérito que, en nuestra ciudad, abrió la serie de las grandes donaciones patrióticas, ha hecho posible la vasta edificación que tanto la enaltece en sentido artístico, en sentido técnico y en significación social.

Tres veces había obtenido ya el Sr. Doménech el primer premio en el concurso anual de edificios; y para galardonar su obra en esta ocasión fué preciso crear una recompensa extraordinaria que correspondiese a la importancia, también extraordinaria, del Hospital de San Pablo. Ella viene a coronar una ya larga carrera profesional y patriótica, digna de la admiración y el respeto de todos. Porque el Sr. Doménech no es únicamente el constructor competentísimo, consagrado a su arte y recluso en su especialidad: es una de esas personalidades complejas y ricas que dejan rastro en una porción de direcciones.

* *

De su profesión domina el aspecto teórico y el práctico, el arte y la ciencia, la arqueología y la novedad. Es un constructor, un profesor eminente y un artista inspirado. Lo mismo puede abordar los más elevados problemas de la estética o de la historia de su arte, que discurrir acerca de la iluminación solar de los edificios o la acústica de las salas; de la misma manera analiza en una memoria los elementos materiales, la traza, la sucesión de estilos de un templo o un alcázar medieval que penetra en la intimidad de la época que lo produjo y de los personajes que albergó, mediante investigaciones documentales escrupulosas y de primera mano.

Y su competencia no se limita al conjunto de los estudios relacionados directamente con la arquitectura; ni, como artista, acaba allí donde acaba la construcción, ni como historiógrafo se detiene en esos mismos límites. He aquí una biblioteca, «Arte y Letras», que, entre las muchas tentativas de su especie, dejó en el público un recuerdo persistente, una viva contrariedad por su interrupción, una imagen de cosa esencialmente literaria aun dentro de las exigencias editoriales. Pues bien: el fundador y director primero de esa Biblioteca — en la cual fueron exhumadas obras del mayor interés y se publicaron por vez primera originales o traducciones que todavía viven —, no fué ningún literato, ningún publicista de profesión sino ese arquitecto de múltiples facetas y aptitudes. Con pocas personas he departido yo acerca de literatura que revelasen un gusto tan acendrado, una percepción tan honda y sutil ni una afición tan efectiva, tan calurosa, por todo lo grande y selecto. Sus mismos escritos lo ponen de manifiesto: porque si bien el Sr. Doménech no «ha hecho» habitualmente literatura, con frecuencia, en recuerdo de un amigo, para una velada necrológica o un homenaje, ha dejado correr la plu-

ma trazando deliciosas impresiones de sabor esencialmente literario, de gracia espiritual exquisita, como no las produjera más delicadas y vaporosas un escritor excelente de los que se consagran por entero a esta vocación.

* *

No cabe hablar aquí de su actuación política, tan señalada dentro del catalanismo, en el cual, por largo tiempo, vino a representar el centro de impulso, como que fué el organizador de la Asamblea de Manresa donde se votaron las célebres bases; recibió, dirigida a su nombre, la famosa carta del general Polavieja invitando al regionalismo a una inteligencia y participación en el gobierno nacional y, fué después, en 1901, el alma de la candidatura de «los cinco presidentes» enviados al Congreso por los electores de Barcelona. Pero si cabe, recordar sus «estudios políticos», es decir, sus discursos o monografías como presidente del Ateneo Barcelonés o con motivo de solemnidades patrióticas, expresión de su pensamiento acerca del estado de España y del problema de Cataluña. En estas páginas siempre densas, siempre nutridas de documentación interesante y no manoseada, resplandece el juicio de un hombre en pleno vigor mental, apto para la síntesis histórica y para los más elevados puntos de vista políticos, que sabe conciliar el radicalismo de la doctrina con la elevación y el sentido de la responsabilidad.

* *

Tales son los rasgos culminantes de esa figura a la cual, más allá de Barcelona, no suele conocerse más que por una sola de sus fases: la de arquitecto, por ejemplo, o la de profesor; la de político militante, cuando lo fué, o la de propagandista de la causa de Cataluña, pero no por todas ellas a la vez y en todas distinguidísimo. La excepcional recompensa de que últimamente ha sido objeto pone el sello de una superior consagración a sus méritos profesionales y de patriota. Bien merecida la tiene, quien, durante tantos años, ha luchado porfiadamente y en todas las esferas de la actividad por el progreso material y espiritual de Cataluña desde sus comienzos de su carrera de constructor, recién salido de la Escuela, hasta sus prodigios de facilidad, improvisación y energía que en 1888, cuando la Exposición Universal, llamaron la atención del mundo.

¿Quién no recuerda el famoso y grandioso Hotel Internacional construido en dos meses, al mismo tiempo que el restaurant del Parque y el arreglo y decorado de la Casa de la Ciudad para albergar a la Reina Regente doña María Cristina y todo su séquito? ¿Quién no ha seguido después las huellas de su talento en la variedad de aplicaciones que ha sabido darle desde su profesión y fuera de su profesión? El nombre de Doménech y Montaner, quedará como uno de los más preclaros de la generación a que pertenecía: es decir, la que vino al mundo al promediar el siglo pasado y llegó a la plena juventud entre los años de la revolución de septiembre y la restauración alfonsina, con todas las ansias de trabajo y prosperidad que entonces se manifestaron por dondequiera y en Barcelona más especialmente que en parte alguna.

* *

A esta misma generación perteneció un ilustre poeta que dejó de existir el día 13 del actual, no tan conocido ahora del gran público como reclamaba su valía, pero que entre los buenos conocedores de la literatura catalana conservó siempre alto prestigio y había figurado, hace veinte años o treinta años entre los más fuertes representantes de nuestra mentalidad. D. Ramón Picó y Campamar había nacido (1848) en la villa de Pollensa, Mallorca, que también ha dado a esa restauración otro de sus grandes mantenedores poéticos: Costa y Llobera.

De honrada pero muy modesta familia, precoz en la disposición y en la dignidad de carácter, se trasladó muy joven a Barcelona, ansioso de labrarse un porvenir, y no tardó en incorporarse al movimiento literario y patriótico que cobraba nuevos bríos con la general sacudida de aquella revolución. Muy pronto figuró a la cabeza y en los primeros puestos de la juventud, bien recibido de veteranos y noveles en la *Jove Catalunya*, en los Juegos Florales, en *La Renaixensa*. Penosos y duros fueron sus primeros años; ásperos de lucha y de trabajo abrumador; exigente la oficina en que trabajaba entonces, hasta rayar en lo inquisitorial. Ni tiempo libre ni frescura de espíritu le quedaba para dar for-

ma al más leve asunto poético que tentase su pluma, cuando tantos y tan magníficos le hurgaban por dentro.

A este propósito he oído referir a persona que le trató íntimamente en aquellos años, que, para escribir el *¡Visca Aragó!* — una de sus más celebradas composiciones —, en forma que llegase a tiempo a los Juegos Florales, tuvo que fingirse enfermo uno o dos días y permanecer escribiendo en la cama, por si venía algún recado o visita a cerciorarse de la excusa. Sin embargo, de todo triunfaron bravamente su talento, su temple de alma, su salud moral y aquel don de simpatía que cautivaba, por modo instantáneo, a cuantos tenían ocasión o necesidad de acercarse. Esa lucha, esa esclavitud de las horas consagradas a ocupaciones en absoluto absorbentes, fueron causa de que su talento poético, preñado de mil concepciones, no desbordara en un raudal tan copioso como el de Verdager, o que su imaginación grandiosa y sombría como la de Guimerá, no le diese a este último un rival considerable como dramaturgo y como lírico.

* *

La fecundidad de esta imaginación recordaba la de Bécquer, con quien tuvo Picó un momento de contacto en la inspiración amorosa: como el lecho de la miseria engendraba más hijos que los que decorosamente podía mantener. Pero aun así su obra, más intensa y duradera que abundante, descuella y descollará por mucho tiempo entre las de sus contemporáneos, gracias a la peculiar energía del poeta tanto en la inspiración como en la forma, siempre noble y de generosa cepa. Nadie pretenderá que no hayan envejecido y aun que no hayan muerto definitivamente los romances patrióticos del tipo de sus *Tres englantines*, considerados como género floresco. Los de Picó se salvan, no obstante, y penetran en la categoría de obras independientes y *sui generis*, por lo que el poeta añade al género superándolo, por los elementos vivos que allí acumula y triunfan de la retórica. De suerte que dicho *¡Visca Aragó!* así como *Depressa* y *Ferran V* forman parte integrante de la lírica catalana libre, entre sus manifestaciones más depuradas e intensas.

* *

Nadie como él, que yo recuerde, ha tratado en catalán el romance caballeresco, o místico, o popular a la antigua, hasta producir aquellas lindas miniaturas, aquellos deliciosos juguetes que figuran en su colección con el nombre de *El testament del cavaller*, *La mort de Ramón Lull*, *El celler*. De este mismo encanto participa, en todo lo episódico, su drama *Cor de roure*, para no hablar de la potencia dramática, esencial en el temperamento de Picó, tan propenso a dramatizarlo todo incluso la naturaleza inanimada. El poema lírico *Garraf*, fruto otoñal de su fantasía, dice no poco acerca de lo que quedó sin alumbrar de todo aquel mundo fantástico que siempre le atormentó y que parecía trascender a su fisonomía de enérgico perfil de medalla, de rasgos curvos, cejas trágicas y ojos penetrantes, a la sombra del chambergo, con la dulcificación del bigote y la perilla de Mistral.

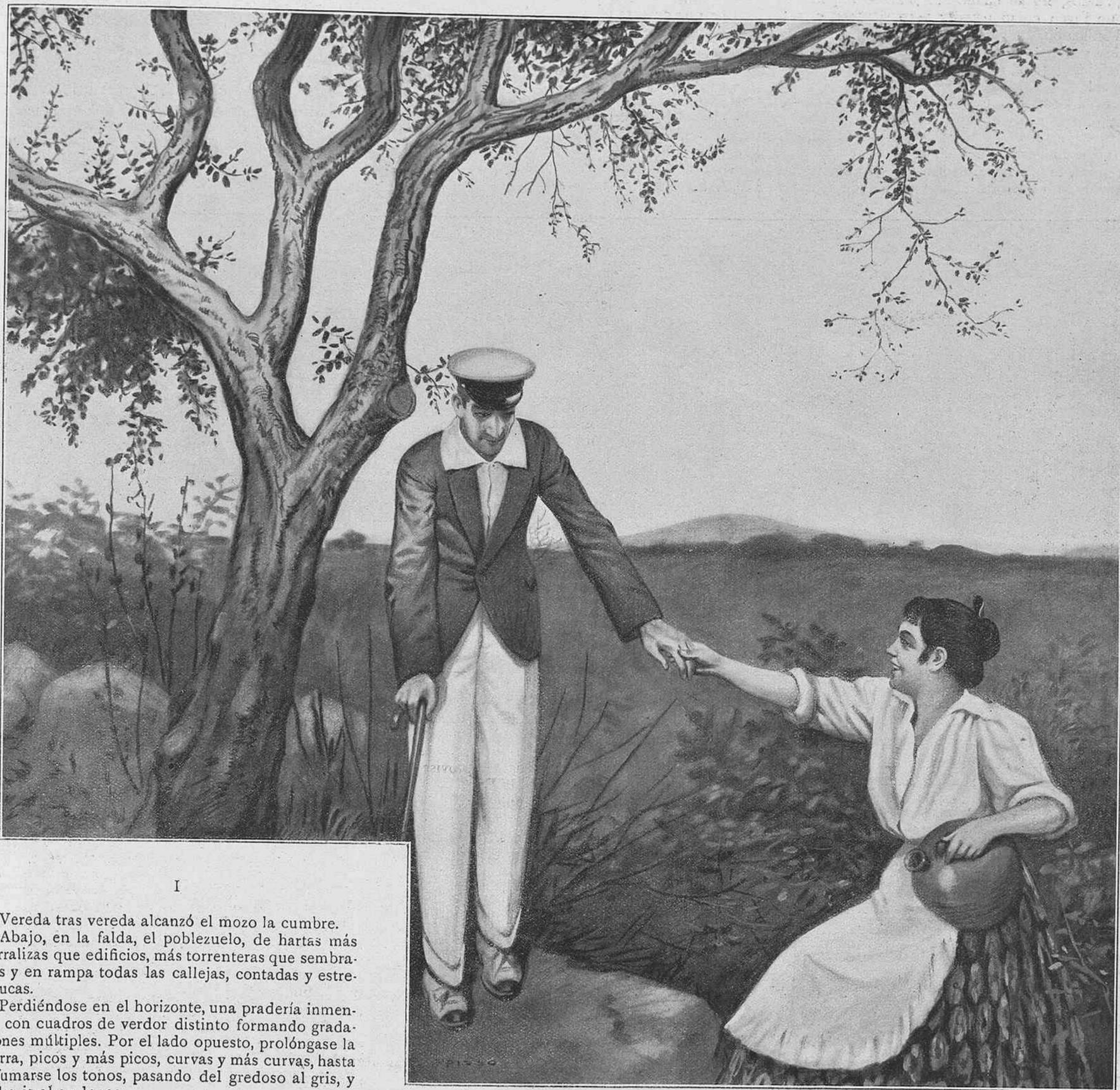
* *

Así era todavía a sus sesenta y ocho años: un viejo mosquetero romántico, que cuidaba pulcramente sus canas y las ostentaba con el orgullo de los antiguos combates en que nacieron, sin teñírselas ni en lo físico ni en lo intelectual. Un narrador insuperable que comunicaba relieve y transcendencia a cuanto salía de sus labios; un hombre generoso, bueno, regocijado y de innata dignidad. La conducción de su cadáver al cementerio no fué simplemente esa gran manifestación de duelo de que hablan al día siguiente las gacetas. Picó fué en lo literario y en lo personal, un hombre intenso. Dejaba impresión honda e inspiraba simpatías muy distintas de la superficialidad del trato corriente. Era un hombre que atraía y a quien no se olvidaba con facilidad, lo mismo que sus versos.

Y esa impresión era la que predominaba en el gran cortejo que acompañó sus despojos hasta la estatua de Colón y en el círculo de amigos que lo siguieron hasta el cementerio y para muchos de los cuales representaba, treinta, cuarenta años de recuerdos comunes, de esperanzas de gloria, de entusiasmos patrióticos, de sabrosas pláticas y consejos de rectitud.

MIGUEL S. OLIVER.

EN LA ALTURA, POR SEBASTIÁN GOMILA, DIBUJO DE OPISSO



I

Vereda tras vereda alcanzó el mozo la cumbre. Abajo, en la falda, el poblezuelo, de hartas más corralizas que edificios, más torrenteras que sembrados y en rampa todas las callejas, contadas y estrechucas.

Perdiéndose en el horizonte, una pradería inmensa, con cuadros de verdor distinto formando gradaciones múltiples. Por el lado opuesto, prolongase la sierra, picos y más picos, curvas y más curvas, hasta esfumarse los tonos, pasando del gredoso al gris, y del gris al azulenco.

Los bosques más cercanos manchan las vertientes con oscuras notas, y el aire que los besa viene a ensanchar los pulmones.

El sitio no abunda en sombrajos, pero sí en plantas salutíferas. Amarillea el retamal, verdecen las verdolagas y aromatizan los tomillares...

¡Qué bien para pechos débiles, sangres viciadas y músculos canijos!

La tarde es deliciosa, el viento suave, el sol nada tiránico...

«¡Vástago de Peñalar!.. ¡Respira y goza!»

Y la voz, balido casi, piérdese en la soledosa anchura.

El mozo es galán, de porte distinguido, y en su rostro, pálido y cenecño, dibújense los rasgos de dorada cuna y descendencia noble.

¡Si sólo se dibujara eso!..

La color, lo lánguido del mirar, el gesto melancólico, descubren a la legua un prematuro descaecimiento. En su actitud hay una mezcla de nostalgias y delicias, confianza y desencanto, placidez y aburrimiento. Sus labios, exangües, tremulentes, parecen susurrar algo muy íntimo que bien podría ser de este tenor:

«¡Vida ciudadana, delicias del gran mundo, explosiones de la mocedad, estirpe desolada: no sois más que miserias y asnerías!.. ¡Vedme acá, vuestro representante, hecho un calandrajo, mezquino y ruin, no ya frente al magno cuadro de la Naturaleza, sino

En cuantico que se ponga usted mejor, triscará como las cabras...

ante el más pocho de los gañanes lugareños!..» El rostro pasa de ceñudo a jovial, y diríase que vino a endulzarlo la esperanza.

¿Por qué no?.. La atmósfera es purísima, el agua deliciosa, la vida sosegada... Añádase una alimentación nutricia, un panorama espléndido, a tono con los propósitos de olvido y enmienda, y...

II

Botija al brazo, poco menos que en ristre, por el atajuelo pedregoso y difícil brinca donairoso una figura femenil que es un encanto...

Ahora en la faz del joven ha apuntado un matiz rojizo, y han brillado sus ojos en mirar descendente. La expresión es de olvido completo de horizontes y montañas, praderías y bosques, para no ver más que un cuerpo airoso, inconfundible, que va subiendo, subiendo y acercándose...

Espolea al mozo la ansiedad. El vástago de los duques de Peñalar sacude la modorra para ir al encuentro de la rústica aldeana... El manantial cae a la izquierda, y aquél no repara ya en riscos ni peñascales para acortar distancia...

Sus pies van hollando zarzamoras y escaramujos, romeros y malvaviscos; y diríase que el embalsama-

miento del aire le da súbitamente un vigor inusitado.

- ¡Tuliña!..

- ¡Señorito!..

En la una voz hubo contento, en la otra voz sorpresa.

- Te vi ascender tan garbosa...

- ¡Usted siempre amable!.. Sí, me llego al manantial... No sabía yo que anduviera usted por esta altura.

- ¿Crees que eso es malo?

- ¡Qué ha de ser! ¡Si le conviene a usted más que el pan que come!.. Pero como su salud de usted... ¡Vamos, que no creí que pudiera usted, en tan pocos días, emprender tales rutas!

- ¿Entonces, es que me viste delicado?..

- ¡Jesús!.. No se alarme usted, señorito, porque yo no quise decir... ¡Vamos, demasiado sabe usted que una no puede expresarse!..

- ¡Tú lo dices todo con los ojos!

- ¿Es de veras?

- ¡Y tan de veras, Tuliña!

- Pues, mire usted, yo no sabía eso.

- ¿No hay espejo en tu casa?

- No, señor, no los gastamos.

- ¿Dónde te espejas, pues?

- ¡Ahí, en el fondo del agua, ya ve!

— ¡Bien decía yo! De todas suertes, te pudiste enterar de que eres muy hermosa...

— ¡Vamos, no se chancee!.. ¡Parece imposible, para un joven como usted!.. Pero siéntese, está usted fatigado...

— Me sentaré, Tuliña, cerquita de ti. Pero antes contéplate... ¡Ahí, en *tu gran espejo*, en el fondo del agua!

Una risita sonora y fresca, tan fresca como el mantal, corresponde al caprichoso ruego.

El joven, arrebatado, la ha cogido por la cintura como para obligarla a inclinarse.

La moza, toda naturalidad, esquiva el envite con un movimiento incomparable, y acercando la vasija

— No así, compasivamente, sino con el alma... ¿entiendes, Tuliña?.. ¡Dame una prueba!

— ¿Cuál?

— La que quieras tú...

— Bueno, pues... La vasija está llena y refrescada.

¡Vámonos, señorito!

— ¿Y es eso una prueba?

— Sí.

— ¡No lo entiendo!

— ¡Jesús! ¡Para ser usted señorito y de alcurnia, tiene entendederas pocas!.. Si yo no quisiera darle eso que dijo usted, una... una prueba, pues le diría yo a usted simplemente: *¡me voy!* Y, ya oyó usted, le he dicho: *¡vámonos!*

nalidad el praderío, la cordillera, el firmamento, el arroyo... En la iglesia parroquial se dispone el campanero a dar el toque de *Angelus*...

Llega la pareja al poblucho, cuando el señor cura emboca un callejón.

Dirigiéndose al de Peñalar, pregunta sonriente:

— ¿Sentó bien la excursión?

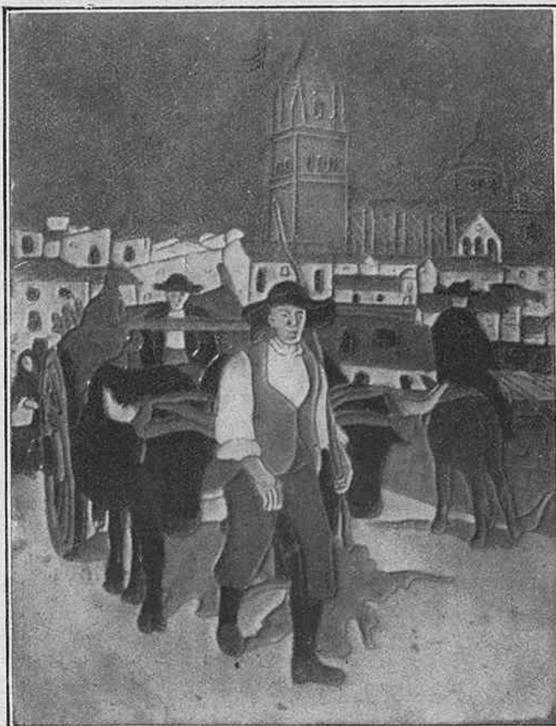
— Divinamente, Padre.

— ¿No se lo dije yo a usted? Aquí resucita la gente.

— Cierto ha de ser, porque es lugar de ángeles.

— ¿Ya no hay descreído? Bueno será que recobre usted por fin, no sólo la salud del cuerpo, sino también la del alma.

— Noto síntomas de curación.



Azulejos de porcelana y plato cenicero «cloissonné», obras de Daniel Zuloaga que figuran en la notable exposición de cerámica que actualmente celebran aquel artista y su hijo Juan en el Salón Parés de esta ciudad. (De fotografías de F. Serra.)

al caño, medio la llena, después de limpiarla, y se la ofrece monísimamente al aristócrata:

— Está muy rica el agua. ¡Beba usted!

Realmente, viene bien el sorbo. El de Peñalar refresca la boca, por necesidad y por atención.

El chorro de agua sigue cayendo en la pila, la pareja se ha sentado en el poyo, bajo un encañizado, y hay una pausa breve.

III

— ¿No te gustaría vivir en la ciudad, Tuliña?

— ¡Toma! ¿Para qué?

— ¡Hay tantas cosas bonitas... dignas de ti!.. Lucirías más que en el campo.

— Cada cual en su estamento, señorito.

— Pero *aquello* es atrayente, animado, hermoso de verdad.

— ¡Ojos que no ven!.. A más que — ¡no se ofenda, señorito! — con ejemplos como el de usted... La salud es ante todo, me parece.

La faz del linajudo se anubla un tantico.

— Sí, verdaderamente. Pero es que no todos pierden allí la salud... Y tú..., tú ibas a llevar salud y encanto doquiera... Este lugarejo no es digno de ti. ¿Cuál va a ser la suerte tuya?.. ¿Has sentido amor por alguien, Tuliña?

— No sé lo que es eso.

— ¿No serías capaz de amar?..

— Pues ¿no le digo a usted que no sé de qué me habla?

Hay dos miradas: una, flechera, de fuego; otra, tan natural y casta como la luz del cenit.

El mozo ha ido acercándose, y se dispone a repetir la intentona, rodear el talle de la muchacha. En el momento mismo ésta se pone en pie, exclamando sin malicia:

— ¡Calle!.. ¡Pongamos la botija al chorro, y aumentará el frescor!..

También se ha levantado el joven, y acercándose a la fuente.

— ¡Tuliña!

— ¡Señorito!

— ¡Mírame frente a frente!

— ¡Pues, si le miro!

— Y dime la verdad...

— ¡Pues, si la digo!..

— ¿Queríasme a mí?

— ¡Pues, si le quiero!..

— ¡Tuliña!

— Y le digo vámonos, porque no anda usted res-tablecido aún, se ha cansado regular y refrescó el airecillo...

— ¡Tuliña!.. ¡Eres un ángel!..

— ¡Señorito, no vuelva a las burlas!..

— ¡Y te adoro!

— ¡Vámonos!..

— ¡Escucha!.. ¡Otra prueba más!

— ¡Virgen de mi alma, qué pedigüeño está usted hoy!..

— ¿Serías capaz..., serías capaz?..

— ¿De qué?.. ¿Es algo por su salud?

— ¡Sí, por mi salud!

— Pues pida.

— ¡Un beso!..

La muchacha ha mirado al doncel, y en esa mirada hay un brillo singular, desacostumbrado. Diríase que lo provocan a un tiempo el rubor, la emoción y la piedad en confusa mezcla.

Instintivamente ha retrocedido un paso, el que adelantó el mozo, y sigue mirando a éste, cuyos ojos ahora se inclinan.

Casi está tentado por pedirla perdón, o marcharse... Pero oye decir calmamente a la joven:

— ¿Es por su salud?

— ¡Tuliña!..

— Entonces..., ¡tómelo!

No hubiera habido más santidad en un ósculo dado a su propia madre.

El de Peñalar torna en lívido y aplanado. Parece reprocharse en silencio.

IV

— ¡Echemos a andar, Tuliña!.. Tenías tú razón, ha refrescado el viento.

Descienden por el atajo haciendo contraste. Ella, sin reparar en escollos, como deslizándose por camino llano y seguro; él, dificultosamente, a punto de caer a cada paso...

Tula acorta el suyo, y más de una vez, colocando la botija al lado izquierdo, tiende amorosamente la diestra al joven aristócrata, repitiéndole:

— ¡Bah, es falta de costumbre! Y en cuanto que se ponga usted mejor, triscará como las propias cabras, señorito, ya lo verá usted...

El gran luminar va debilitando sus rayos, y se arrebola el horizonte. Cambian poco a poco de to-

— Pues ánimo y, sobre todo, poner en ello mucha, pero mucha voluntad...

El joven se va todavía a dar un rodeo, hasta la hora de cenar.

Mirando al soslayo, como quien no hace la cosa, cree notar el padre cura que Tuliña, al trasponer el umbral de su casona, se enjuga una lágrima...

OBRAS DE CERÁMICA ARTÍSTICA

DE DANIEL Y JUAN ZULOAGA

En el Salón Parés se ha celebrado recientemente una exposición de cerámica artística de D. Daniel Zuloaga y de su hijo Juan, famosos artistas segovianos que por vez primera han presentado al público barcelonés sus hermosas obras.

Figuraban en ella, y en grandísimo número, objetos de los más diversos géneros y tamaños: diminutos azulejos y platos ceniceros esmaltados, con temas heráldicos y escenas populares; tableros y frisos de grandes dimensiones y complicada composición; *panneaux* lindísimos con figuras y paisajes de varios estilos; jarrones de formas elegantes y coloraciones opulentas; reproducciones de esculturas románicas y bizantinas, impregnadas de carácter de época; plafones de gran valor decorativo; en una palabra, todo cuanto puede producir el difícil arte de la cerámica.

En todos aquellos objetos admirábase un profundo sentimiento artístico que se manifiesta en la belleza de las composiciones, grandiosas unas con toda la magnificencia de los frescos clásicos, delicadas otras, como verdaderos cuadros de caballete, y en el refinado gusto que presidía en la combinación de los distintos elementos integrantes de las mismas.

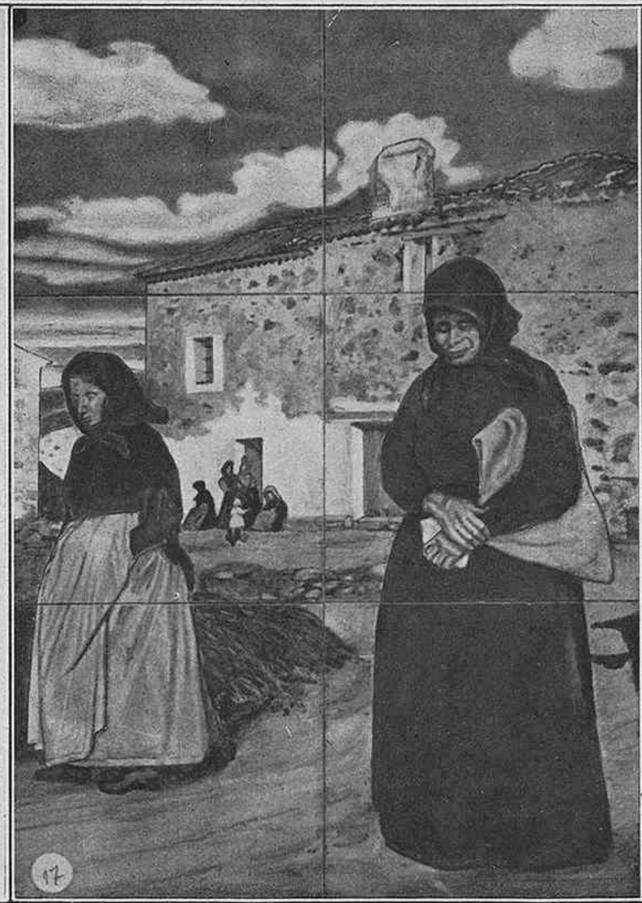
Pero se admiraba aún más, si cabe, la variedad de los procedimientos empleados en la fabricación de tales objetos, todos ellos ejecutados con maestría realmente asombrosa; y no sólo de los procedimientos más conocidos en esta rama del arte, sino también de otros debidos a personales descubrimientos químicos realizados por Daniel Zuloaga y merced a los cuales se logran efectos de reflejos, transparencias y esmaltes sorprendentes y se obtienen productos que recuerdan las obras de los más reputados artífices orientales de pasados siglos.

El aspecto que ofrecía el Salón Parés no podía ser más hermoso y la impresión que en el público producía aquella espléndida manifestación artística era de admiración unánime y de entusiasta e incondicional alabanza.

Daniel Zuloaga, cuyo temperamento artístico se prueba con decir que él fue quien primero adivinó las grandes dotes de su sobrino Ignacio, el pintor hoy admirado universalmente, y quien le ayudó y guió en los primeros pasos de una carrera que había de ser tan brillante, sintió desde muy joven verdadera vocación por el arte y después de haber pintado algunos cuadros notables, dedicóse a la cerámica artística, que viene cultivando con éxito cada vez creciente desde hace cuarenta años. Aprendió este arte en Sevres y lo perfeccionó luego visitando otras fábricas igualmente célebres; pero aquellas lecciones que recibió en el extranjero no menguaron en él su amor y su admiración a las gloriosas tradiciones españolas, que hoy reviven en sus obras, dignas de parangonarse con las que salen de las más renombradas manufacturas extranjeras.



Al mercado (Salamanca), obra de Daniel Zuloaga. Cerámica esmaltada a gran fuego



Escultura esmaltada de Jesús, reproducción de una talla románica, obra de Daniel Zuloaga. - Composición de estilo Watteau, cerámica de Juan Zuloaga
Panneau en azulejos de porcelana, obra de Juan Zuloaga



La vuelta del mercado (Salamanca), cerámica esmaltada a gran fuego, original de Juan Zuloaga

LA GUERRA EUROPEA. - FALLECIMIENTO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ I DE AUSTRIA HUNGRÍA

Teatro de la guerra de Occidente. - Los franceses han expulsado a algunas fracciones alemanas que habían logrado penetrar en un grupo de casas al Nordeste de Saillysel; han rechazado ataques en el frente de Ablaincourt, en el bosque de Chaulnes, en la región de Biaches, en el sector de Berny y en el frente desde Les Boeufs al Sur de Bouchavesnes, si bien en este último punto no han podido impedir que el enemigo penetrase en el saliente Norte y en la orilla occidental del bosque de Saint Pierre Vaast.

Los ingleses han tomado Beaucourt en el Ancre, extendiendo su frente al Este del pueblo y a lo largo de la orilla Norte del río; han ganado terreno al Norte de Beaumont-Hamel; han avanzado al Nordeste de esta población y al Norte de Beaucourt; y han progresado asimismo al Este del cerro de Warlencourt.

Los alemanes han evacuado Beaumont-Hamel y Saint Pierre, en el Ancre; han perdido al Norte de este río la aldea de Beaucourt; han arrojado a los ingleses de la parte occidental de Grandcourt; han recuperado la parte oriental de Saillysel; han tomado varias trincheras situadas en el borde oriental del bosque de Saint Pierre Vaast; y han rechazado ataques en la carretera de Mailly a Serre, entre Serre y Beaucourt, al Sudeste de Beaumont, en Grandcourt, al Oeste de Les Sars, contra las posiciones al Sur de Miraumont, en Saily Sailyel y en el bosque de Saint Pierre Vaast. En la orilla Este del Mosa, han rechazado ataques contra las líneas de Haudromont.

Teatro de la guerra de Oriente. - Las operaciones en este frente han sido de poca importancia. Los rusos han rechazado ataques en la región de Javornik, en las orillas del Narajowka y en los Cárpatos forestales.

Los alemanes han rechazado ataques contra una cabeza de puente del Dvina, al Sudeste de Riga, y contra las posiciones recientemente ocupadas al Oeste de Folw Krasnolesie, en la orilla Este del Narajowka.

Italianos y austriacos. - Los italianos han rectificado algunas posiciones del Carso, avanzando en ellas; han recuperado algunas trincheras en la altura de San Marcos al Este de Goricia; y han rechazado ataques en la citada altura, contra el sector Palpiccolo y Palgrande (en el alto Boite), contra el saliente de Duepinni, en donde, sin embargo, los austriacos han logrado ocupar algunos elementos, y contra las posiciones de la altura 126, al Norte del monte Volkovniak (en el Carso), perdiendo, empero, algunas trincheras.

Los austriacos han conquistado algunas trincheras al Este de Goricia.

En los Balcanes. Frente macedónico. - Los aliados, después de varias victorias y de la ocupación de algunos pueblos y posiciones importantes, han entrado en Monastir, segunda capital de Servia.

Los germanobúlgaros han desalojado al enemigo de la orilla derecha del Cerna; han perdido algunas alturas en el recodo de este río; han rechazado algunos intentos de avance en el frente de Moglena; y se han visto obligados a evacuar la ciudad de Monastir.

Frente rumano. - Los rumanos han rechazado varios ataques en los valles de Prahova, Oltu, Trotus, Oituz y Jiul y en

la región de Dragoslavele; han tomado varias alturas al Oeste de Campolung y las colinas fortificadas al Sudeste de Toldisch; han emprendido la ofensiva en el valle de Turgulure;

El emperador Francisco José I. - En el palacio de Schoenbrunn ha fallecido el día 21 de este mes Francisco José I, Emperador de Austria y Rey de Hungría, a los ochenta y seis años de edad y sesenta y ocho de reinado.

Nació el 18 de agosto de 1830 y en 1848 ciñó la corona imperial por abdicación de su tío, el Emperador Fernando I, y renuncia de su padre, el archiduque Francisco Carlos.

Hungría no quiso reconocerlo y se constituyó en república bajo la presidencia de Kossuth; pero al fin fué dominada, coincidiendo esta victoria con la obtenida en Italia, que aseguró a Austria las ventajas alcanzadas en el Congreso de Viena.

Francisco José procuró inmediatamente recobrar las prerrogativas que su predecesor había perdido en 1848, estableciendo el poder absoluto y recuperando en Alemania la preponderancia que sus antecesores habían tenido.

En abril de 1854 casó con la princesa Isabel Amelia Eugenia, hija del duque Maximiliano de Baviera.

Su política internacional cuando la guerra de Oriente le valió la estimación y el respeto de todas las potencias interesadas.

A partir de 1859, su buena estrella cambió brusca y radicalmente comenzando entonces la serie de amarguras que llenaron su vida de emperador. Después de haber perdido la Lombardía, el desastre de Solferino le obligó a firmar con Francia el tratado de Vilefranche, dedicándose luego a dominar la grave situación creada en el interior, para lo cual otorgó a su pueblo instituciones constitucionales. La cuestión de los ducados de Schleswig Holstein determinó algunos años más tarde la lucha de Alemania e Italia contra el Austria que, a pesar de las victorias de Custozza y Lizza, perdió en Sadowa, en 1866, definitivamente la campaña, viéndose obligado Francisco José a firmar el tratado de Praga, que disminuyó su territorio y quebrantó gravemente su prestigio.

Tuvo entonces el Emperador el acierto de confiar el poder a Beust, quien hizo una política francamente liberal cuyo fruto fué una etapa de tranquilidad.

Durante la guerra francoprusiana mantúvose neutral y en 1871 dió la dirección del gobierno al conde de Andrassy, que perseveró en la política liberal de su antecesor. En 1878 firmó el tratado de Berlín que autorizó a Austria para ocupar la Bosnia y la Herzegovina y en 1880 quedó constituida la triple Alianza de Alemania, Austria e Italia.

Los últimos sucesos de la vida de Francisco José I hasta llegar a la guerra actual son suficientemente conocidos para que no hayamos de referirnos a ellos.

En su vida de familia sufrió Francisco José grandes dolores: su hermano el archiduque Maximiliano fué fusilado en México, cuyo trono había aceptado; su único hijo varón, el archiduque Rodolfo, murió en circunstancias misteriosas en la posesión de Meyerling, en enero de 1889; su esposa, la Emperatriz Isabel, fué asesinada en Ginebra en septiembre de 1908; y la reciente tragedia de Serajevo arrebató la vida a su sobrino y heredero en el trono, el archiduque Francisco Fernando, a quien quería como a un hijo, y a su esposa, la duquesa de Hohenberg, a quien profesaba también paternal afecto.

Francisco José ha sido uno de los soberanos más amados de sus súbditos y más respetados en las cortes extranjeras.



S. M. el emperador Francisco José I de Austria Hungría fallecido el día 21 del actual en el palacio de Schoenbrunn. (Fot. remitida por C. Trampus.)

y han avanzado en la región de Albechti; pero ante la fuerte presión del enemigo, han tenido que retirarse hacia el Sur en los valles del Oltu y del Jiul.

En la Dobrudja, han ocupado algunos pueblos y han avanzado hacia el Sur.

Los germanobúlgaros han avanzado en los valles de Oltu y Jiul, y después de haber vencido a los rumanos en la batalla de Tergu Jiul, han salido de la región de los desfiladeros y desembocaron en la llanura de Valaquia, llegando hasta la vía férrea Orsova-Craiova y pasando la carretera Calimanesti-Albechti.

En la Dobrudja, según los partes oficiales alemanes, no ha ocurrido ningún suceso de importancia.

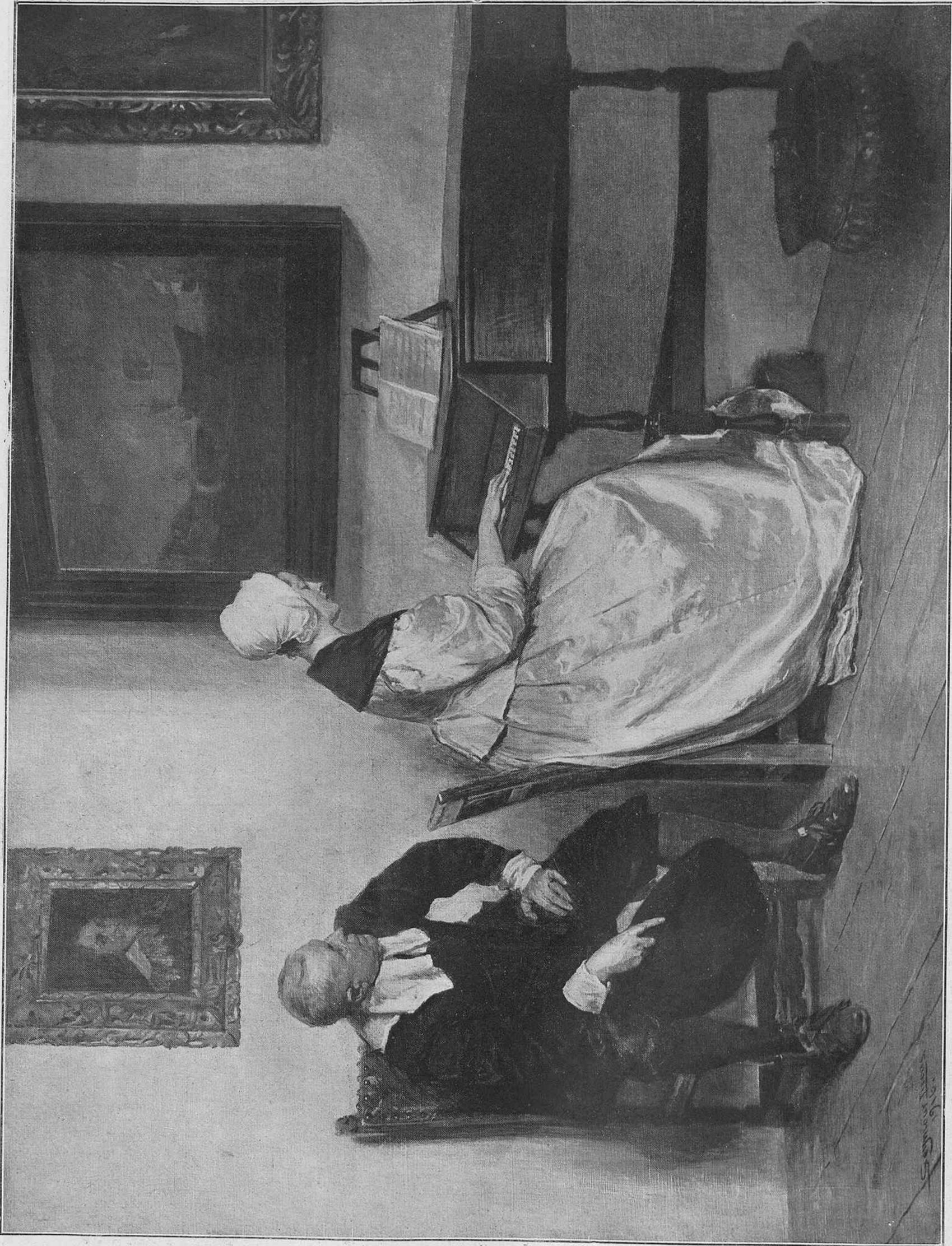


Tropas rusas dirigiéndose a Rumania para cooperar a la ofensiva de los rumanos contra los germanobúlgaros. (De fotografía de C. Ricart.)



La guerra europea. En el frente del Somme. — Lo que queda de la población de Hem, recuperada por los franceses. — Brigada escocesa que se retira a descansar a retaguardia después de haber tomado el pueblo de Martinpuich. — Soldados ingleses construyendo una trinchera de comunicación al través del que fué bosque de Delville. (De fotografías oficiales remitidas por Branger y Central News.)

LONDRES. - EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1916



EL NUEVO CLAVICORDIO, cuadro de Enrique Seymour Lucas. (De fotografía de Enrique Dixor e hijo, de Londres.)



LOS REGENTES DEL HOSPITAL DE LEPROSOS DE HARLEM, cuadro de Jacobo de Bray que se conserva en el Museo de Harlem

Jacobo de Bray nació en Harlem hacia el año 1626 y murió en la misma ciudad el año 1697. Pintó casi exclusivamente retratos y cuadros de figuras, y en todos ellos se advierte la influencia de su famoso paisano Franz Hals, de quien supo tomar la viveza en la reproducción de los modelos y la seguridad del dibujo y del modelado. En el lienzo que reproducimos y que se considera como el mejor de los pintados por él, se nota también cierta semejanza, así en la composición como en las actitudes de los personajes, con alguno de Rembrandt, y preciso es reconocer que la comparación no resulta desventajosa para la obra de Bray, lo que constituye su mejor elogio



hasta ahora se han recibido dan como casi seguro el triunfo del general Menocal, actual Presidente de aquella República.

A raíz de su elección para el cuatrienio de 1913 a 1917 publicamos, en el número 1.625 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, una extensa biografía del eminente político antillano; a lo que entonces dijimos sólo hemos de añadir que su actuación en la primera magistratura de su país ha correspon-



Lápida concedida al Hospital de Santa Cruz y San Pablo como premio extraordinario en el concurso anual de edificios, de 1913, y medalla de oro otorgada al eminente arquitecto D. Luis Doménech y Montaner, autor y director del referido hospital y que por tercera vez ha obtenido el premio fundado por el Ayuntamiento barcelonés. (Fotografías de Merletti.)

BARCELONA

EL HOSPITAL DE SANTA CRUZ Y DE SAN PABLO

El Jurado del concurso anual de edificios y establecimientos urbanos correspondiente al año 1913 acordó conceder un

dido a las esperanzas que en sus relevantes dotes se cifraron al ser elegido y que, durante su gobierno, Cuba ha visto desarrollarse sus elementos de riqueza y ha vivido una era de gran prosperidad.

De carácter bondadoso y trato afable, conquistó las simpatías y el cariño de cuantos lo conocieron.
¡Descanse en paz!

DON RAMÓN PICÓ Y CAMPAMAR

Este ilustre poeta, recientemente fallecido en Barcelona, nació en Pollensa (Mallorca), el año 1848 y en 1853 vino a

EL CÉLEBRE GUITARRISTA ANDRÉS SEGOVIA

En la Sala Mozart ha dado un interesante concierto de guitarra el notabilísimo artista granadino Andrés Segovia. Cuan-



El general D. Mario G. Menocal, que seguramente resultará elegido Presidente de la República de Cuba en las elecciones cuyo escrutinio se está efectuando actualmente. (De fotografía.)



El ilustre poeta D. Ramón Picó y Campamar, fallecido en Barcelona el 13 del actual. Retrato pintado al óleo por José M.ª Marqués.



El célebre guitarrista Andrés Segovia, que ha dado un notable concierto en Barcelona. (De fotografía facilitada por nuestro reportero A. Merletti.)

premio extraordinario a las magníficas edificaciones que constituirán el Hospital de Santa Cruz y de San Pablo, levantado con los fondos legados a tal objeto por el benemérito ciudadano D. Pablo Gil, y otorgar una medalla de oro al eminente arquitecto D. Luis Doménech y Montaner, autor y director de aquellas edificaciones, que por tercera vez ha obtenido el premio fundado por el Ayuntamiento barcelonés.

El acto de la entrega de los premios efectuóse con gran solemnidad y a él asistieron el Ayuntamiento, presidido por el alcalde accidental Sr. Durán y Ventosa, el Jurado calificador, representaciones de autoridades y corporaciones oficiales y otras personalidades distinguidas.

El alcalde pronunció un elocuente discurso ensalzando la memoria de D. Pablo Gil y dedicando entusiastas elogios al ilustre arquitecto Sr. Doménech.

El discurso del Sr. Durán fué acogido con entusiastas aplausos que se reprodujeron al presentarse el Sr. Doménech a recibir de manos de aquél el premio otorgado.

MARIO G. MENOICAL

Cuando escribimos estas líneas aun no se conoce el resultado de las elecciones presidenciales celebradas últimamente en Cuba; pero las noticias que

esta ciudad en donde desde entonces ha residido constantemente. Desde muy joven dedicóse a la literatura, obteniendo notables triunfos en los Juegos Florales y conquistando en los de 1885 el título de Maestro en Gay Saber. Presidió los de 1892 y en 1902 desempeñó la presidencia del Ateneo Barcelonés.

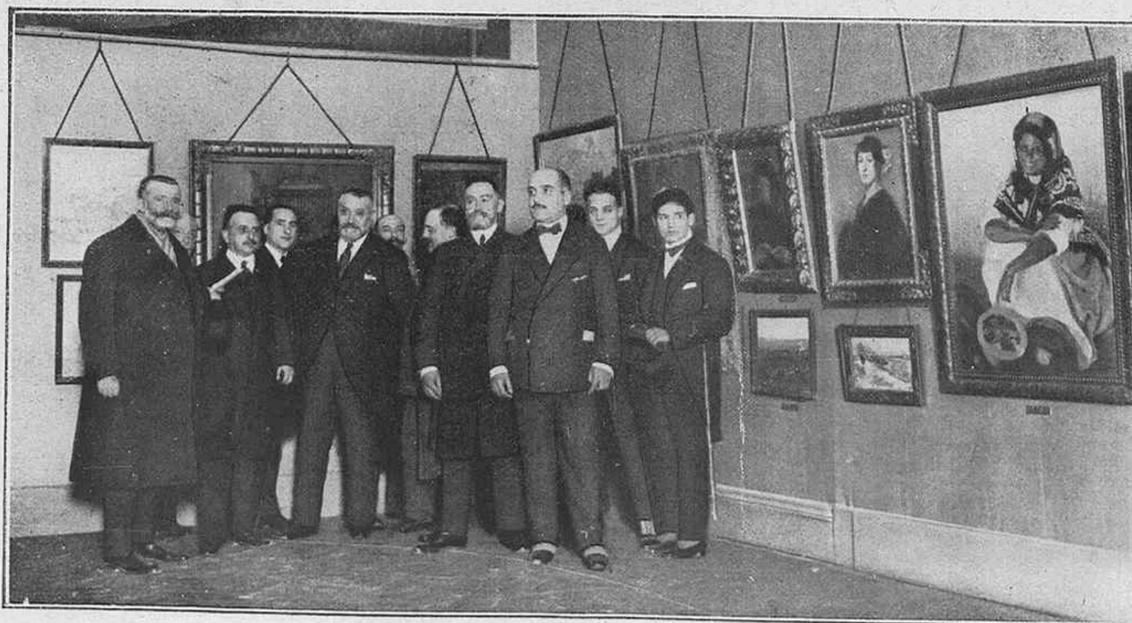
Cultivó con preferencia la poesía histórica en la que hacía revivir los episodios con admirable color de época; escribió

to se diga de los prodigios que con la guitarra realiza resulta pálido ante la realidad; su ejecución es verdaderamente asombrosa, pero aun es más admirable, si cabe, el sentimiento con que interpreta las más variadas composiciones.

En el concierto a que nos referimos tocó piezas de Sor, Bach, Mendelssohn, Chopín, Schubert, Llobet, Granados y Albéniz, y en todas ellas arrebató al público que le tributó calurosas ovaciones, aclamándolo con entusiasmo.

MADRID. - EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

En el Palace Hotel celébrase actualmente una exposición organizada por el Círculo de Bellas Artes, en la que figuran más de cien cuadros y muchas esculturas. Para que se comprenda la importancia de esta exposición bastará decir que a ella han enviado notables obras artistas tan celebrados como Alvarez de Sotomayor, Santamaría, López Mezquita, Martínez Cubells, Pla, Hernández Nájera, Simonet, Ranrich, Martínez Abades, Gárate, Martí Garcés, Blanco Coris, Villegas Brieua, Oliver Aznar, Mariano Benlliure, Bloy, Coullaut Valera y otros artistas no menos reputados.



Madrid. - Inauguración de la Exposición de Pintura y Escultura organizada por el Círculo de Bellas Artes en el Palace Hotel. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

también un hermoso drama, *Cor de roure*, y un bellissimo poema lírico, *Garrof*.

Benlliure, Bloy, Coullaut Valera y otros artistas no menos reputados.

EL CABO SILVESTRE

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA



... sostenía con una mano la careta y el florete, y trataba de enjugarse la frente con el brazal de cuero

Había un señor gordo, el doctor Máximo, que venía, desde hacía muchos años a bañarse en el mar de Albissola, y ya había querido comprar la casita al primer propietario, porque se había enamorado de ella, y había querido comprarla después a los inquilinos, no sabiendo que pertenecía a los esposos Silvestre, y por último a los mismos esposos; y ha-

biendo resultado vanas todas sus tentativas, se le había ocurrido la idea de ofrecer un vitalicio.

El primer ofrecimiento fué de cien liras cada mes hasta la muerte del cabo Silvestre; pero el obeso doctor entraba en seguida en la casa, haciendo salir a los dos viejos.

Ni siquiera se le hizo caso.

Los esposos Silvestre no hubieran dejado su casita de la ribera de Sansobia más que para ir al cementerio, y ninguno de los dos quería que, a su muerte, el otro se encontrase apurado.

Había para desanimar a cualquier parte contrayente; pero el doctor Máximo tuvo tenacidad, y, aquel mismo año, inmediatamente después de ha-

ber depositado su equipaje en casa de la Checcheta, donde se hospedaba como pupilo, había corrido a la casita blanca.

El cabo Silvestre lo había recibido con el florete en la mano, porque estaba haciendo su gimnasia cotidiana; y ni esta acogida había asustado al doctor Máximo.

«Quiero la casa, había dicho; pero no quiero hacer infeliz a mi prójimo; estén ustedes en ella hasta que se mueran, los dos; yo pagaré las cien liras cada mes, y ustedes me pagarán el alquiler; cuatrocientas liras... ¿son demasiadas?»

Pero ¿era posible que el cabo Silvestre pudiese adaptarse a pagar el alquiler de su casa? Aquel doctor Máximo estaba loco; había que quitar el botón a la punta del florete y ensartar vivo al obeso doctor. Otro así lo hubiera hecho, con seguridad; pero el cabo Silvestre no hizo tal cosa; se contentó con dejar el florete, y acompañó al impertinente hasta la puerta de su casa, sano y salvo.

¿Creéis que el grueso doctor se dió por vencido? Ni soñarlo.

Aquella misma mañana renovó su proposición, modificándola un tanto: se obligaba a pagar a los esposos Silvestre setenta liras cada mes, por adelantado, apenas hubiesen firmado el contrato; y los esposos Silvestre no tenían que pensar más que en vivir los años de Matusalén.

— Es el diablo tentador, dijo la señora Lucía. ¿Cómo resistir? Setenta liras mensuales son muchas, son más de las que... ¡Vamos!, a usted es necesario decirselo todo si nos ha de dar un buen consejo; son más de las que ahora tenemos. Venimos a ser señores con otras setenta liras al mes... Pero...

— Pero, prosiguió el cabo Silvestre, dejar de ser propietarios de nuestra casa, comernos así todo lo nuestro... ¿qué le parece a usted?

Vi a la luz de la luna los cuatro ojos que interrogaban a los míos.

— ¿Tienen ustedes parientes próximos?, pregunté a los viejos?

— Ningún pariente próximo.

— ¡Entonces!, dije yo.

No dije más y fuí entendido.

Claro estaba que los dos viejos habían resuelto la cuestión desde hacía tiempo; pero, no fiándose de su propio criterio y no queriendo dar a conocer sus asuntos en el país, se dirigieron a mí para que yo los sacase de alguna duda.

¿Cómo se hacía un contrato de aquel género?

Por medio de acta notarial.

¿Podrían hacerlo en Savona en vez de hacerlo en Albissola y tener después la cosa secreta?

Seguramente.

¿Qué sucedería si el obeso doctor no pagase la mensualidad pactada?

Se le podría demandar ante justicia y hacerle pagar, y hasta anular el contrato, según los casos, reservándose siempre el derecho de hacerse indemnizar por daños y perjuicios.

Parecían muy contentos de todas mis contestaciones.

Sólo una cosa atormentaba al cabo Silvestre y hasta un poquito a su mujer.

Una vez firmado el contrato, ¿la casa venía a ser propiedad del doctor Máximo?

No, señor; el contrato sólo se cumpliría a la muerte de los esposos; pero, si se quisiese, se podría establecer todo lo contrario, y esto sería un buen negocio...

¿Por qué un buen negocio?

Porque si el doctor pasase a ser propietario, todos los gastos de conservación correrían por su cuenta.

Esta idea pareció muy hábil al cabo Silvestre.

— Si el viento se lleva alguna teja, si el agua desgasta el piso, ¿le toca al doctor reemplazar la teja y reponer el piso? Si se descortezca el revóque, si se agrieta una pared, si cede una viga...

Y el hombre enumeró cien desastres que la casita blanca podía sufrir, desastres nunca imaginados, desastres horribles...; y se reía, y la señora Lucía se reía también, y hasta yo acabé por reirme.

— ¿Y los cristales?, preguntó la vieja.

— ¡Los cristales también!, exclamé, si los rompe el viento, un terremoto o el granizo.

La alegría no cesaba.

Pero un momento después, el cabo Silvestre dijo en serio que, a pesar de todas aquellas ventajas, prefería correr el riesgo de los vientos y de las granizadas, con tal de que la casita continuase siendo propiedad suya.

Por lo demás, aun quería pensarlo.

Un momento permanecimos todos callados; mis nuevos amigos pensaban en el vitalicio; yo, después de haber desempeñado mi papel de jurisconsulto,

y satisfecho de la doctrina que había retenido, dejé correr la vista a lo largo de la vía de plata, que se abría en el mar para conducir directamente a la luna.

IV

Me quedaron dos deseos: el de visitar la casita y el de ver al doctor Máximo.

A la mañana siguiente bajé a la playa, y busqué en vano, entre los pocos bañistas que entonces se desnudaban o chapoteaban ya en las aguas bajas, y una bañista nuevo, de dimensiones poco comunes; y resistiendo a la invitación del mar que me llamaba con un murmullo inmenso, me dirigí poco a poco a visitar a los esposos Silvestre.

Después de haber dejado el camino que cruza los huertos y dado un centenar de pasos por el cómodo sendero del bosquecito, se me apareció un momento la casita blanca destacándose sobre los verdes matices de las moreras y los olivos; desapareció luego en un recodo, y finalmente se me presentó delante, nada pomposa, pero bastante bonita.

La puerta de entrada, las ventanas de la planta baja, y las del primer piso, la lumbrera del desván en la fachada, todo estaba abierto al sol y al airecillo de la mañana, que venía de la montaña saturado de aromas de los pinares.

No temía ser indiscreto, porque los dos viejos me habían dicho que fuese a verlos, aunque fuera por la mañana temprano, pues ellos se levantaban con el alba; pero en el acto de llamar a la puerta me detuve, sorprendido por extraños rumores, que salían de la casita blanca.

Me parecía oír tremendas patadas, con las cuales se mezclaba de vez en cuando una voz alta e imperiosa; escuché y comprendí que el cabo Silvestre hacía su gimnástica; gritaba seguramente contra un enemigo invisible, cada vez que lo pasaba de parte a parte.

Llamé recio a la puerta, y súbitamente cesó todo rumor.

Momentos después, la señora Lucía en persona me introdujo en la casa.

Festéjandome, gritó a su esposo que el *caballero* había venido, y me dijo a mí en voz baja que también estaba allí *el otro*.

— ¡El otro! ¿Quién?

— El obeso doctor.

Estaba allí, en una sala de la planta baja, derecho como un coloso ante el pequeño maestro de esgrima, pero más muerto que vivo a lo que me pareció.

Tenía la cara amoratada, gruesa y redonda, y cubierta de sudor; sostenía con una mano la careta y el florete, y trataba de enjugarse la frente con el brazal de cuero.

El cabo Silvestre me saludó elegantemente con el florete, y el obeso doctor me pareció algo confuso por no haber sabido hacer otro tanto.

— Es el caballero, le dijo el viejo; y me dijo a mí: es el doctor Máximo.

— Celebro..., empecé a decir el doctor.

— Celebro..., empecé yo a decir al mismo tiempo.

Habiendo reconocido que ambos nos alegrábamos del encuentro, nos pareció inútil completar la frase.

— No le he hecho a usted el saludo de armas, dijo el doctor, resollando, porque tenía la mano ocupada; pero lo hago ahora.

Cogió el florete con la mano derecha y me saludó desmañadamente; después de lo cual se echó a reír.

También me reí yo con discreción.

Entonces el doctor dijo que hacía mucho tiempo que no cogía un florete, que lo había hecho por complacer al cabo Silvestre, a quien no sabía negar nada.

— Figúrese usted que lo he encontrado con el arma en la mano, encarnizado en traspasar ese corazón inocente.

Señalaba un corazón rojo pintado en la pared, aunque el botón del maestro casi lo había borrado.

El doctor Máximo, que mientras tanto había empezado a respirar mejor, prosiguió:

— El otro día se batían como desesperados, él y la señora Lucía; había que verlos... ¿No los ha visto usted nunca, caballero? Procúrese ese espectáculo, que es bueno para la salud.

Sus alegres palabras no contenían ninguna malicia; al contrario, el acento y la sonrisa las hacían parecer cordiales.

El doctor Máximo era un hombre agradable; apenas lo hube visto, comprendí que si se había metido en la cabeza llevar a efecto el negocio del vitalicio, había elegido el buen camino.

— Sigán ustedes, dije.

— Pero estoy sudando, confesó el grueso doctor; yo me derrito, me convierto en río; menos mal que tenemos a dos pasos un cauce seco.

Y así diciendo, volvió a ponerse la careta, me hizo el saludo de armas y se puso en guardia.

Había que ver con qué garbo el viejo maestro hizo escurrir la hoja del florete entre los dedos de la mano izquierda, y con qué movimientos complicados y elegantes saludó primero a los presentes y a los ausentes, a uno y otro lado de la sala, y luego a su adversario.

— Un saludo así, dijo en el acto de tocar el hierro del doctor Máximo, un saludo así ya nadie sabe hacerlo; los maestros del día han simplificado cada vez más..., han simplificado mucho.

Repitió la palabra irónica, pero sin amargura. El cabo Silvestre era un hombre sin hiel.

Yo me lo miraba, ahora que la luz invadía la sala; todo huesos y nervios, tenía una cabecita minúscula, la cara arrugada, y dos ojitos como dos ascuas, y sobre todo esto una gran nevada de pelo tupido y enmarañado.

Prescindiendo de las arrugas, parecía más joven que su adversario, que con seguridad no había cumplido cincuenta años, pero a quien perjudicaba el haber resuelto plantarse en los cuarenta, como indicaban los cabellos que le quedaban en la nuca y que él obligaba a fuerzas de cosméticos, a cubrir la descarada calvicie de la parte superior de la cabeza.

El asalto duró mientras el doctor Máximo pudo sostenerse en pie delante de su pequeño adversario, que le flagelaba el pecho y el vientre, acompañando cada estocada de un pequeño grito de triunfo.

— ¡Soy muerto!, mugió detrás de la careta el obeso doctor.

— A estas horas habría usted muerto veinte veces, le aseguró el maestro; pero concédame todavía un momento; quiero enseñarle un golpe.

Comprendióse, desde el primer movimiento del cabo Silvestre, que tenía la intención de desarmarlo; hubiera sido un triunfo inaudito, porque el puño del doctor Máximo era tan grueso como la cabeza del maestro, comparando mal.

El florete del viejo buscó durante un rato el hierro del doctor, que se esquivaba con más miedo que arte; lo cogió, lo apretó como en un lazo, lo sacudió a la derecha; a la izquierda, de abajo arriba, dió un rasgón, dos..., todo en vano; el grueso puño resistía como unas tenazas al debilitado brazo del viejo.

— No puedo, confesó éste sin despecho; es usted más fuerte que un cañón.

— ¿Oye usted cómo se burla?, me dijo el doctor quitándose la careta y el guante; ha hecho de mi barriga lo que ha querido, una criba, un colador, y después dice que soy más fuerte que un cañón.

La señora Lucía, al oír estas palabras que se presentaban a la risa, se abandonó a la hilaridad, al extremo de llorar.

— ¡Es un demonio!, dijo dos veces; y fué el único indicio de la satisfacción de tener un marido semejante.

El cabo Silvestre estaba cansado, y retenía el aliento a fin de no sofocarse; pero quería parecer incansable, y ofreció al adversario, que se había dejado caer sobre un viejo sillón, el volver a empezar.

El doctor contestó resueltamente que no, y entonces el viejo se acercó a mí y me estrechó ambas manos, me dió otra vez la bienvenida, como si yo acabase de entrar en aquel momento.

— ¿Quiere usted ver mi casita?, me dijo.

— Sí, enseñemela usted.

— ¿Permite usted, señor doctor?

El doctor lo permitía todo; estaba allí resollando y aun tenía para rato.

Mientras él permanecía en la sala baja recobrando la respiración, yo seguí al dueño de la casa, seguí a mi vez de la señora, para ver los cuartos, el salón, la cocina y el gallinero.

— El otro, me dijo la señora Lucía, ha venido muy temprano; quiere ultimar el negocio en seguida, si no dice que no lo hace; pero ya dijo esto otra vez. Diga usted, caballero, ¿qué hemos de hacer?

— ¿Han hecho ustedes justipreciar la casa?, pregunté.

— Sí, señor, la han estimado en seis mil liras; dicen que hasta podría valer más, si estuviese a la orilla del mar.

Dado el valor de la casa, la proposición del doctor me parecía generosa.

Me faltaba saber la edad de los dos cónyuges, pero no me atreví a informarme y demostrar que calculaba ya los años que les quedaban de vida.

Hubiera podido preguntar si tenían alguna enfer-

medad secreta, para tenerlo todo en cuenta; pero después de las proezas que había visto hacer al cabo Silvestre, y sabiendo que la señora Lucía se entregaba aún a ejercicios de gimnástica, no me quedaba la menor duda.

— Concluyan el contrato, dije, y gocen de la vida en paz; tanto más cuanto que, cuando ya no existan, ¿a manos de quién irán a parar sus bienes? ¡Ustedes no tienen hijos!..

Me pareció que el rostro de los dos viejos, que me miraban alegremente para ver salir las palabras de mi boca, se anublaron de súbito.

— Es verdad, dijo el viejo, pasando una mano por sus canas, es verdad; no nos queda ninguno; pero usted, añadió, aun tiene tiempo de casarse y tener hijos.

Bajamos en silencio a la sala de armas. El obeso doctor se había repuesto, y apenas me vió en la puerta, me gritó:

— ¿Ha visitado la casa, caballero? ¿Le gusta? ¿Sabe usted que estoy enamorado de ella y que en ella quiero acabar mis días? Déle usted un buen consejo al cabo Silvestre.

No hacía ningún misterio el grueso doctor; era sincero y amable.

Y venció en aquel mismo momento, a mi vista.

— Pues bien, sea, dijo el cabo Silvestre, después de haber dado una mirada a su mujer; dejamos a un lado todo escrúpulo y hacemos el negocio. ¿Verdad, Lucía?

La vieja afirmó que era muy cierto.

El doctor alzó los ojos al techo, y dijo sin moverse:

— ¡Loados sean los cielos!

No dijo más.

Así es que me asaltó la duda de si se arrepentiría antes de poner el asunto en papel sellado.

Creo que igual duda asaltó al cabo Silvestre, porque durante la media hora que permanecimos todavía en su casa, me pareció preocuparse mucho de la necesidad de ir a Savona a hacer el contrato, pues no quería enterar de sus negocios al notario de Albissola.

V

Tenía yo muchos deseos de encontrarme a solas con el grueso doctor y el grueso doctor no me dejó penar.

— Caballero, me dijo, ¿ha tomado usted ya el baño esta mañana?

— No, señor, ¿y usted?

— Tampoco. Si usted quiere, lo tomaremos juntos.

— Con mucho gusto.

El cabo Silvestre tenía la manía de seguirnos, pero no quería dejar sola a su vieja, y menos ahora cuando se extendía un velo de melancolía sobre su casa.

Esto, no lo dijo, pero se echó de ver muy bien, y lo confirmó al anunciarnos con acento de resignación:

— Yo me quedo.

— No hagamos después la tontería de arrepentirnos, dijo el doctor; es cosa convenida y hay un testigo. Yo iré a Savona mañana a ponerme de acuerdo con el notario, y dentro de dos días se firmará el contrato. Y procure usted conservarse bueno, añadió alegremente, y usted también, señora Lucía, procure estar buena, porque si se muriesen hoy, sería para contrariarme.

Los dos viejos comprendieron el tono justo de la broma y añadieron su carcajada.

El doctor y yo nos encaminamos hacia la playa.

A los pocos pasos, el doctor se detuvo a examinar la casa del cabo Silvestre, y no dijo nada.

— Es una casita muy mona, dije yo.

— No es mala, repuso él; hago quizá un mal negocio, porque somos criaturas humanas expuestas al error; esos dos viejos tienen el pellejo duro y son capaces de vivir todavía mucho tiempo; pero yo tengo mi idea.

No me la dijo entonces, y yo no se la pregunté. La supe más tarde.

El doctor Máximo tenía la receta para hacer que un día u otro el propietario de un hotelito poco distante tuviese que comprar la casa pagándola el doble de su valor.

¿De qué modo?

Simplemente añadiendo un piso a la casa; mejor dicho, amenazando, sin sombra de cólera, levantarla, esto es, quitar la vista del mar al hotelito poco distante.

Los cimientos eran sólidos y podían sostener hasta dos pisos, si fuese necesario duplicar la dosis.

El grueso doctor era sutil.

Mirada a la ligera, su enorme mole parecía más bien maciza; pero era sutil.

Por lo demás, era un bonachón; un compañero amable, bromista, y mucho más joven que su edad. ¿Cuántos años tenía?

¡Misterio!

Yo hubiera jurado que rayaba en la cincuentena, pero sus alusiones hablaban siempre de cuarenta años, como si fuesen ya muchos, como si ya fuesen demasiados.

Me parecía que la verdad había de salir un día u otro del mar, si el grueso doctor, que nadaba muy bien, no resistía al mal ejemplo de verme hacer largas y frecuentes zambullidas, y se zambullía a su vez, para sacar escudillas rotas, pesca que abunda en las aguas de Albissola.

Pero el doctor ofrecía una gran resistencia a las tentaciones; miraba mis proezas con ojos benignos, y, bromeando, me señalaba con el dedo tal o cual cacharrito mal construido que esperaba de mí su salvación en el fondo del mar; pero el hombre ni siquiera metía la cabeza en el agua.

— Si me mojo la cabeza, decía, en seguida me constipo.

La verdad es que el agua hubiera puesto en evidencia su calvicie.

Por esto nadaba de lado, nadaba a la marinesca, hacía el muerto, pero flotando siempre, no sumergiéndose nunca.

No hacía misterio alguno de su temperamento, de sus ideas, de sus necesidades, ni sus debilidades, salvo una. Era un hombre que en seguida se revelaba enteramente, y el mismo día que lo conocí, después de haberme bañado con él, podía decir que me sabía a mi doctor Máximo de memoria.

Él era doctor, como yo soy abogado, sin mucha doctrina y sin ninguna clientela; pero no negaba una consulta médica a los amigos, y en tales ocasiones hacía uso de las palabras más gruesas y difíciles. Lo mismo que yo.

— Toda enfermedad de las que puede padecer un buen cristiano, me decía el doctor Máximo, tiene por lo menos dos bautismos; ciertas enfermedades que los médicos no sabemos curar, las llamamos hasta con cuatro nombres, a cuál más hermosos; es lo menos que podemos hacer por la humanidad doliente.

Pues bien, de estos nombres, el doctor Máximo elegía siempre el más griego, el más difícil. Llamaba *coriza* al constipado, *cefalea* a la jaqueca, y parecía lleno de ciencia.

Me confesó que así había acabado por crearse admiradores; sí, señor; había en un punto de la tierra un hombre que admiraba, lo que se llama admirar, al grueso doctor Máximo, considerándolo como un pozo de ciencia, uno de esos pozos particulares que, por amor a la humanidad, alguna vez es necesario abrir a viva fuerza, con la intervención de la fuerza pública.

La gruesa persona del doctor Máximo ocultaba otro hombre; el compañero alegre y bromista estaba en la superficie; el otro estaba dentro; era un hombrecito cauto, astuto, no precisamente egoísta, sino calculador tan seguro en el procurar su propio interés que tenía todas las apariencias de serlo.

En el negocio del vitalicio, por ejemplo, así como el grueso doctor se había mostrado bonachón y generoso tentando al cabo Silvestre, el doctorcito oculto se había portado con prudencia. El doctorcito invisible era el que se había cerciorado de la edad precisa de los dos viejos, haciéndose enviar las partidas de nacimiento de las respectivas parroquias. Él era el que había hecho justipreciar secretamente la casa, no fiándose del justiprecio oficial. Él era en fin el que había tomado el pulso y auscultado al marido y a la mujer para llegar al descubrimiento de que ambos tenían un mismo vicio cardíaco.

— Es una astucia diabólica ¿verdad?, me preguntó el doctor bonachón, revelando con complacencia las artimañas del doctorcito tunante.

Yo le contesté que sí, que era una astucia diabólica, y él se restregó las manos alegremente. Su buena fe era perfecta.

Pero ¿cómo había hecho?

— ¡Ah!, contestó, aquí está lo mejor. ¿Cómo he hecho? No había medio de que el cabo Silvestre quisiese decirme la edad exacta de su mujer; esquivaba siempre mis preguntas; se me escapaba de la mano; por otra parte, aunque me hubiese dicho la verdad, yo no lo hubiera creído. Y a mí me interesaba mucho saber la verdad, sin lo cual yo no podía llevar adelante mi proposición de un vitalicio.

— ¡Ah!, ¿fue antes de hablar del vitalicio?

— Naturalmente; antes de decir una palabra del asunto. Además, si no hubiese sondeado antes a mis

vejetes, los hubiera encontrado después menos manejables; me hubiera sido más difícil saber, aun por vías indirectas, en qué parroquia habían sido bautizados, si hubiesen sospechado que me había procurado la partida de nacimiento auténtica.

— ¿Y la auscultación?, pregunté.

Ésta no había sido más difícil; una indigestión, un panadizo, un acceso de tos, un coriza ligero o una cefalea de nada ponen al prójimo en vuestras manos si sois doctores en medicina; y sacáis partido de ello si sois listos.

Me parecía mal el descubrir insidiosamente un vicio cardíaco en las vísceras de dos viejos para proponerles un vitalicio; mas el grueso doctor ni siquiera sospechaba su malicia. Se creía simplemente listo, y se jactaba de serlo.

— Pero, me dijo riendo, de vicio cardíaco no se muere siempre, mientras que, de vejez, casi siempre. Ambos son bastante viejos. A ver, ¿cuántos años da usted al cabo Silvestre?

— Sesenta y ocho.

— Pues tiene setenta y dos; y la vieja, pero no se lo digamos a nadie, tiene dos años más que su marido.

Leyó sin duda en mi cara mi pensamiento, porque se apresuró a añadir:

— En resumidas cuentas, arriesgo todavía una bonita cantidad; la casa no vale más de seis mil liras, y los esposos Silvestre aun podrían vivir veinte años, y aun veinticinco; se dan casos de longevidad que recuerdan los tiempos bíblicos, como hacía notar al cabo Silvestre. «Tiene usted todo el aspecto de un personaje de las Sagradas Escrituras», le decía yo; y él se reía. En cuanto al vicio cardíaco, no es más que una amenaza; hay personas amenazadas por los médicos que no pierden los ánimos y viven alegremente. Es muy posible, pues, como decía, que yo haga un mal negocio...

Lo decía, pero se adivinaba claramente que pensaba lo contrario.

¿Puede decirse que hasta *esperaba* lo contrario?

El doctorcito que en él se ocultaba, esperaba sin duda; el grueso doctor no esperaba nada.

Al día siguiente tenía que firmarse el contrato; el doctor Máximo fué muy temprano a la casita blanca a ponerse a las órdenes de los viejos, y vino después a suplicarme que los acompañase a Savona; luego mandó enganchar los caballos a un landó de alquiler.

Partimos bromeando, pero el cabo Silvestre, en medio de las bromas, se mostraba inquieto, y la señora Lucía me dijo al oído que Miguel se había levantado al despuntar el día, que no había hecho más que contemplar la casa por dentro y por fuera, como si debiese desalojarla para siempre, y que en cierto momento había ido a decirle: «Lucía, ¿echamos a rodar el negocio? ¿Dejamos al grueso doctor con un palmo de narices?»

Pensando luego en las setenta liras mensuales que habían de darles toda clase de comodidades, había vuelto a entrar en razón.

— Pero no está tranquilo, me aseguró la vieja; habla demasiado, y esta es señal de que no tiene el alma en paz; le conozco.

También a mí me parecía que el viejo maestro de esgrima no había elegido el momento mejor para enseñar al doctor Máximo el famoso golpe con el cual uno que nunca haya manejado el sable, puede cortar algo a su adversario; la acción, estando sentados dentro del coche cerrado y hasta haciendo uso del bastón, resultaba obscura y era peligrosa para los cristales; sin embargo, el doctor Máximo lo comprendía muy bien; no sé cómo hacía, pero aseguraba que comprendía muy bien.

Hasta que llegamos delante de la casa del notario, el viejo maestro de esgrima habló como un papagayo; enmudeció cuando se le enseñó la puerta, y en la escalera se quedó rezagado, como si tuviese tentaciones de darse a la fuga.

El contrato fué bastante largo, pero tuvo fin; la señora Silvestre, que había heredado la casa, por cuya razón era la legítima y única propietaria, aunque ella afirmaba que también pertenecía al marido, firmó con mano segura; el cabo Silvestre hizo un borrón para dar el consentimiento marital a su mujer; firmó el grueso doctor; firmé yo como testigo; firmó el escribiente del notario, como testigo también, y cuando se hubo acabado de firmar, el grueso doctor pagó las setenta liras anticipadas al cabo Silvestre, augurándole cien años de vida.

Y era sincero en aquel momento, porque el doctorcito oculto estaba callado.

— Son las tres, dijo después el doctor, ¿qué hacemos hasta la hora de comer?

— Volvémonos a Albissola, dijo la señora Lucía.

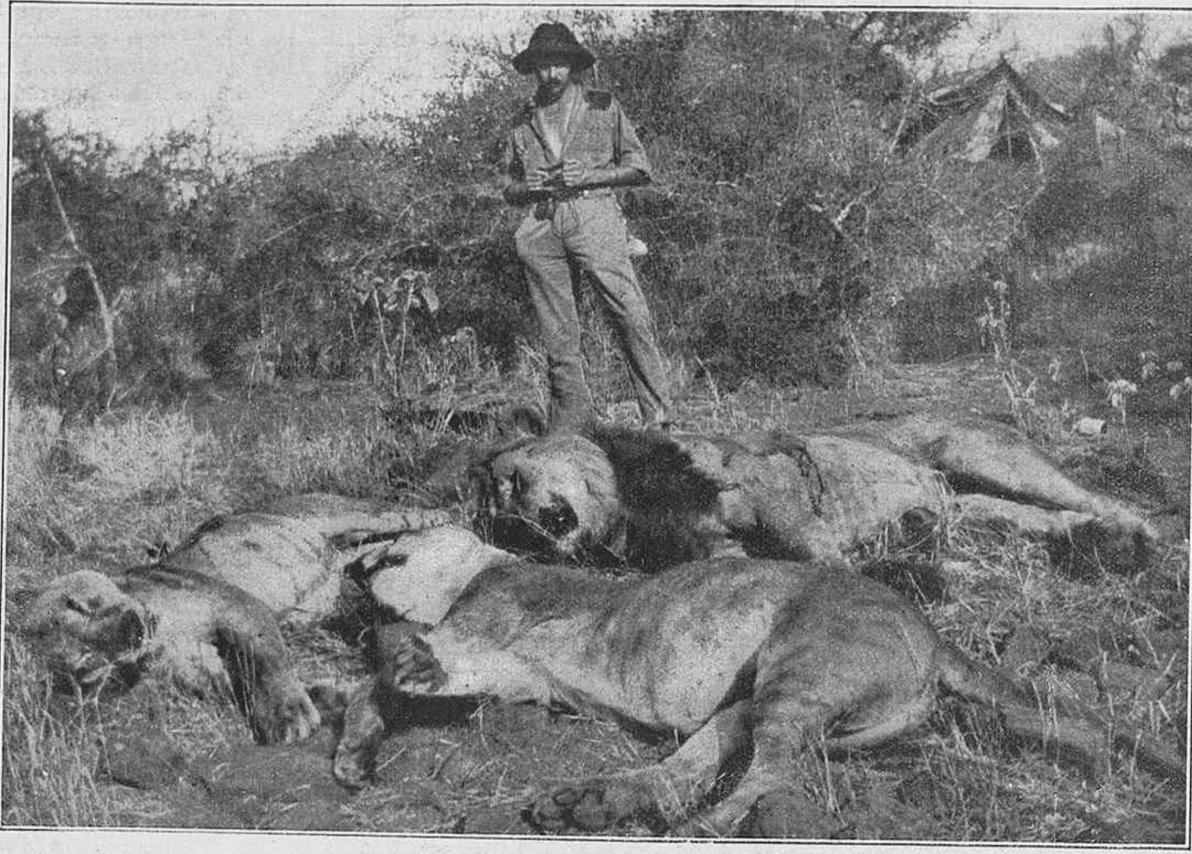
(Se continuará.)

UN ASPECTO INTERESANTE DE LA GUERRA EN EL ESTE AFRICANO ALEMÁN. (Fots. oficiales remitidas por Central News.)

La guerra que actualmente tantos estragos ocasiona en el continente europeo, se ha propagado también a algunas regiones del Africa oriental, en donde existen colonias alemanas que las tropas inglesas van conquistando poco a poco.

En aquellos territorios, la lucha reviste caracteres muy distintos de los que nos ofrece en los frentes europeos; las fuerzas beligerantes, inmensamente inferiores en número a las que hay acumuladas en los diferentes teatros de la guerra de Europa, combaten, sin embargo, en campo abierto y libran entre sí reñidas batallas que en nada se parecen a la guerra de posiciones y trincheras que prevalece en Bélgica, Francia, Austria y Rusia, teniendo, además, que luchar con las condiciones del suelo, falta de vías rápidas de comunicación, y con las del clima, tan fatal para los europeos, que a causa de él han de soportar grandes penalidades.

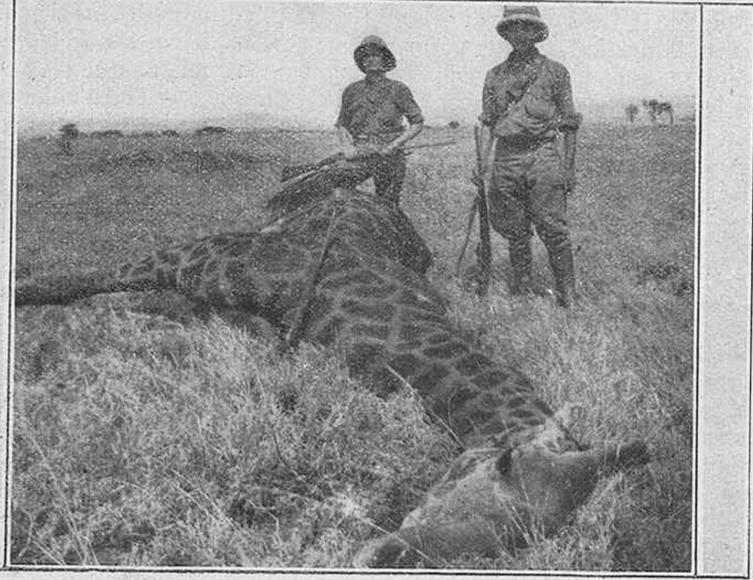
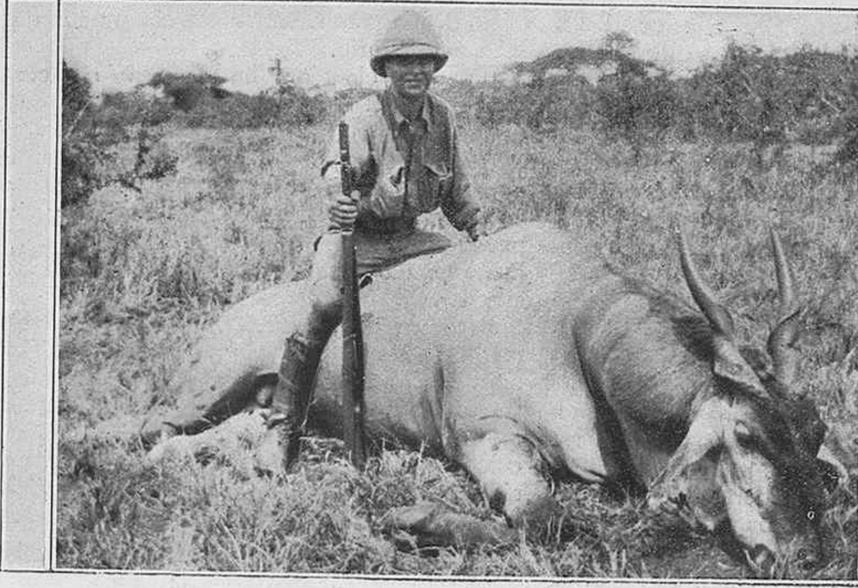
Todo ello hace que la campaña del Este africano alemán presente algunas formas enteramente nuevas, entre las cuales no es la menos interesante la de



Leones muertos por soldados ingleses

Mas no ha sido únicamente esta necesidad la que ha determinado las matanzas en masa de las más hermosas especies de la fauna africana. Otras causas han contribuido a ellas, como antes decimos, obligando a sacrificar hasta a ciertos animales que, como las jirafas, están protegidas en tiempo normal por disposiciones oficiales.

En efecto, uno de los elementos indispensables en las guerras modernas, las comunicaciones telegráficas y telefónicas, tienen en las jirafas sus principales enemigos. Los largos cuellos de estos cuadrúpedos tropiezan con los alambres, y exasperados los animales con aquellos obstáculos que se oponen a su libre marcha, rompen los hilos metálicos y destruyen los postes que los sostienen, interrumpiendo así el medio más importante de comunicación entre las diversas partes del ejército en campaña. Por esta razón, aun con gran sentimiento de los *sportmen*, ha sido preciso sacrificar a aquellos animales inocentes y por otra parte inofensivos ante las necesidades de la guerra, y numerosos montones de huesos de ji-

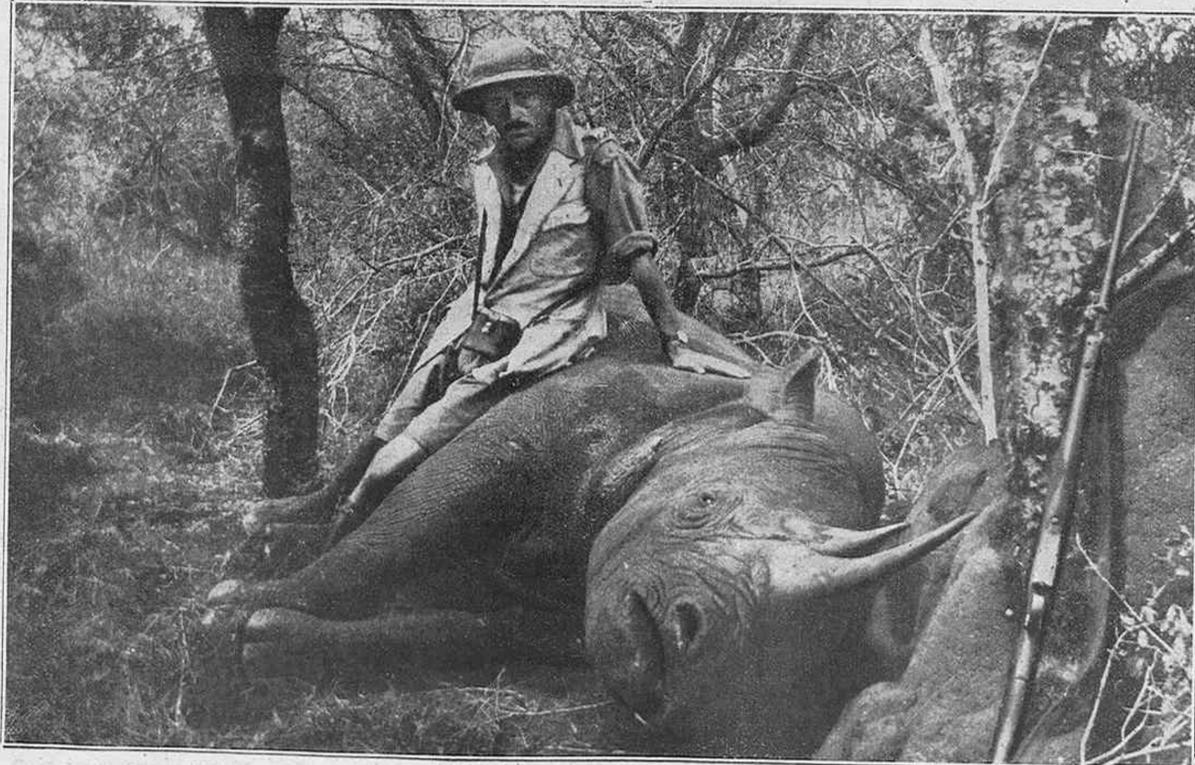


Un antilope y una jirafa cazados por soldados ingleses para proporcionarse carne fresca

las grandes cacerías de animales fieros y no fieros que ha sido preciso organizar para atender a diversos fines y a las que se entregan las tropas inglesas, alternándolas con los combates contra los hombres.

Estas cacerías no son expansiones cinegéticas en el verdadero sentido de la palabra; no se trata en ellas de satisfacer una afición ni de practicar un deporte, sino de una manifestación de la lucha por la existencia; ya que se organizan bien para procurarse alimento, o para facilitar los movimientos de los ejércitos, o también para repeler los ataques de las fieras.

En los primeros días de la campaña en aquellas regiones poco hospitalarias y en su mayor parte cubiertas de selvas vírgenes y cruzadas de caudalosas y accidentadas corrientes, las condiciones de transporte eran tan difíciles, que resultaba poco menos que imposible enviar socorros con regularidad a los destacamentos. En vista de ello y como único recurso para remediar la falta de víveres, mientras se organizaban debidamente los servicios de aprovisionamiento, fué necesario conceder permisos a las tropas para cazar con escopeta en determinados distritos, gracias a lo cual pudieron los soldados ingleses disponer de carne fresca en relativa abundancia.



Un rinoceronte que atacó a los soldados y fué muerto por éstos

molado en el continente africano, consuélese pensando que la significa la salvación de la vida de muchos hombres y el alimento de las tropas que luchan en aquellas inhospitalarias regiones.

rafas han ido señalando la línea de avance de las tropas inglesas.

También las fieras han debido ser sacrificadas, porque constituyen un gravísimo peligro para las tropas: unas veces acosadas por el hambre, otras enfurecidas al ver invadidos por el hombre sus dominios, causaron horribles estragos, devorando innumerables soldados europeos e indígenas, así como gran número de caballos, mulos, asnos y demás animales necesarios para los servicios del ejército.

No hubo, pues, más remedio que dictar también sentencia de muerte contra aquellos enemigos que constituían el terror de los campamentos.

La destrucción de tantos animales es verdaderamente sensible, y los mismos jefes ingleses que la han decretado son los primeros en lamentarla; pero ante la propia conservación han tenido que ceder todas las demás consideraciones.

Y los que al contemplar los grabados de esta página sientan alguna compasión por esas nuevas víctimas que la guerra ha in-

MADRID. - INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DEL CENTRO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA



Vista exterior del nuevo edificio. (De fotografía de Lacoste.)

Con asistencia de S. M. el Rey y de S. A. el Infante D. Fernando, se ha inaugurado hace pocos días y con gran solemnidad el nuevo edificio que para domicilio social ha construído el Centro del Ejército y de la Armada.

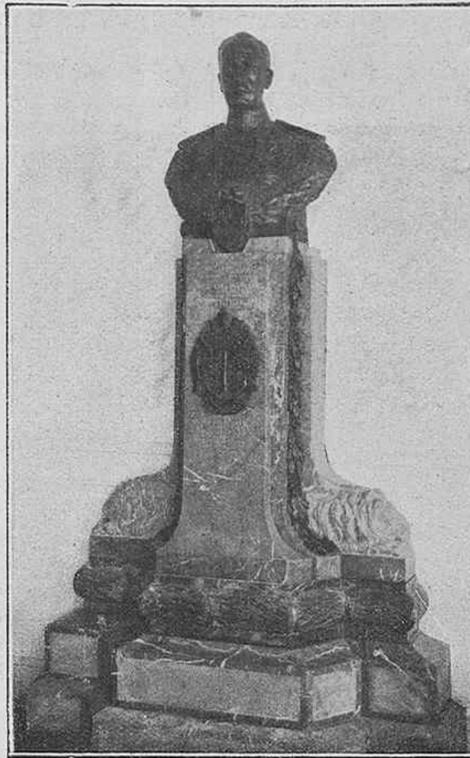
Hállase el palacio, que bien merece ser calificado de tal, situado en el mejor lugar del primer trozo de la Gran Vía, con fachadas a ésta y a las calles del Clavel y del Caballero de Gracia, y ha sido construído y amueblado con todo lujo y con arreglo a todos los adelantos modernos. El solar ha costado 670.000 pesetas y 820.000 la edificación, llevada a cabo por el arquitecto don Eduardo Eznarriaga.

Consta de sótano, planta baja, cuatro pisos y terrazas. En la planta baja hay un magnífico *hall* y suntuosos salones de conversación, ocupando el puesto principal de uno de los muros del primero un retrato ecuestre de S. M. el Rey, obra del pintor Sr. Pardiñas, y el testero de uno de los salones el busto del actual Presidente del Centro, general Sr. López Torrents, a cuya iniciativa se debe la construcción del nuevo edificio.

En el piso principal están instaladas las salas de recreos y el hermoso salón de fiestas, y en el primero, todas las dependencias oficiales del Centro, como sala de juntas, despacho del presidente, secretaría y oficinas, y además los comedores; el segundo está enteramente destinado a escritorios y a la biblioteca, que consta de 22.000 volúmenes y varios incunables, libros raros, manuscritos antiguos, algunos de ellos verdaderas joyas bibliográficas;

cas; y en el tercero hay catorce habitaciones para socios transeuntes, cocinas, repostería. En los sótanos están el gimnasio, salas de armas y de tiro, baños, peluquería y vestuario.

En el primer tramo de la amplia escalera de mármol que desde el *hall* conduce a los pisos superiores, hay un bellísimo monumento, obra del escultor señor



Busto del general López Torrents, obra del escultor Sr. Pola, a cuya iniciativa se debe la construcción del nuevo edificio.



Monumento a los socios del Centro fallecidos en campaña, obra del escultor Sr. Pola

Pola, dedicado a los socios muertos en las campañas. Al acto inaugural asistieron el presidente del Consejo de Ministros, los ministros de la Guerra y de Marina, los capitanes generales marqueses de Estella y Tenerife, nutridas representaciones del Ejército y de la Armada, las autoridades, etc.

S. M. el Rey fué recibido por la Junta del Centro, cuyo presidente pronunció elocuentes frases dando las gracias al monarca por haber honrado el acto con su presencia, y manifestando que aquella casa, en donde encontraría el afecto de sus leales soldados, será siempre albergue de los sentimientos de amor a la patria y de fiel adhesión a la Real familia.

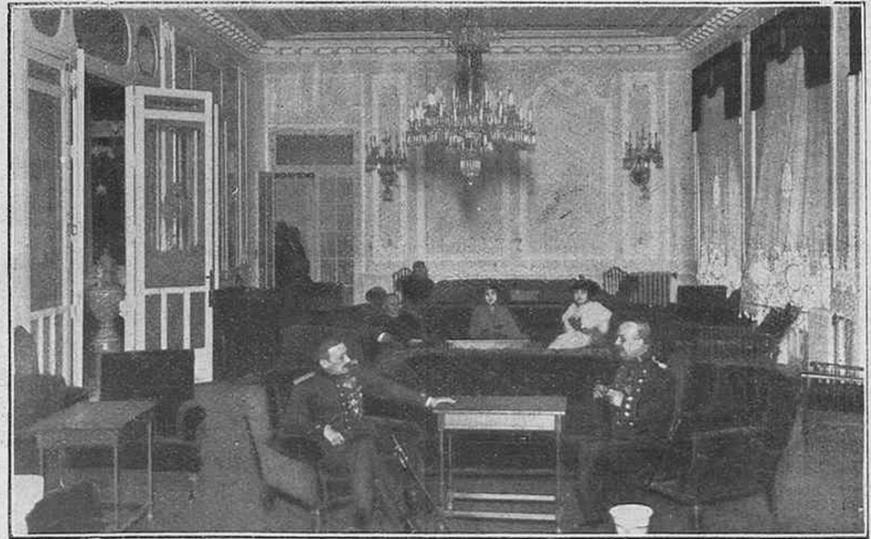
D. Alfonso contestó expresando su complacencia por encontrarse en el Centro, que merece todo su afecto, haciendo votos por la perfecta unión entre los elementos militar y civil, y afirmando que en él encontrarían siempre a un soldado que escucharía las aspiraciones del Ejército y que tendría para los socios del Centro el afecto de un amigo y el consejo de un Rey.

Al terminar S. M. el discurso, el general López Torrents dió un viva al Rey que fué contestado con entusiasmo.

El monarca visitó detenidamente las dependencias del Centro, haciendo grandes elogios de su instalación, y después de haber sido obsequiado con un *lunch*, fué despedido con estruendosos vivas y aclamaciones.

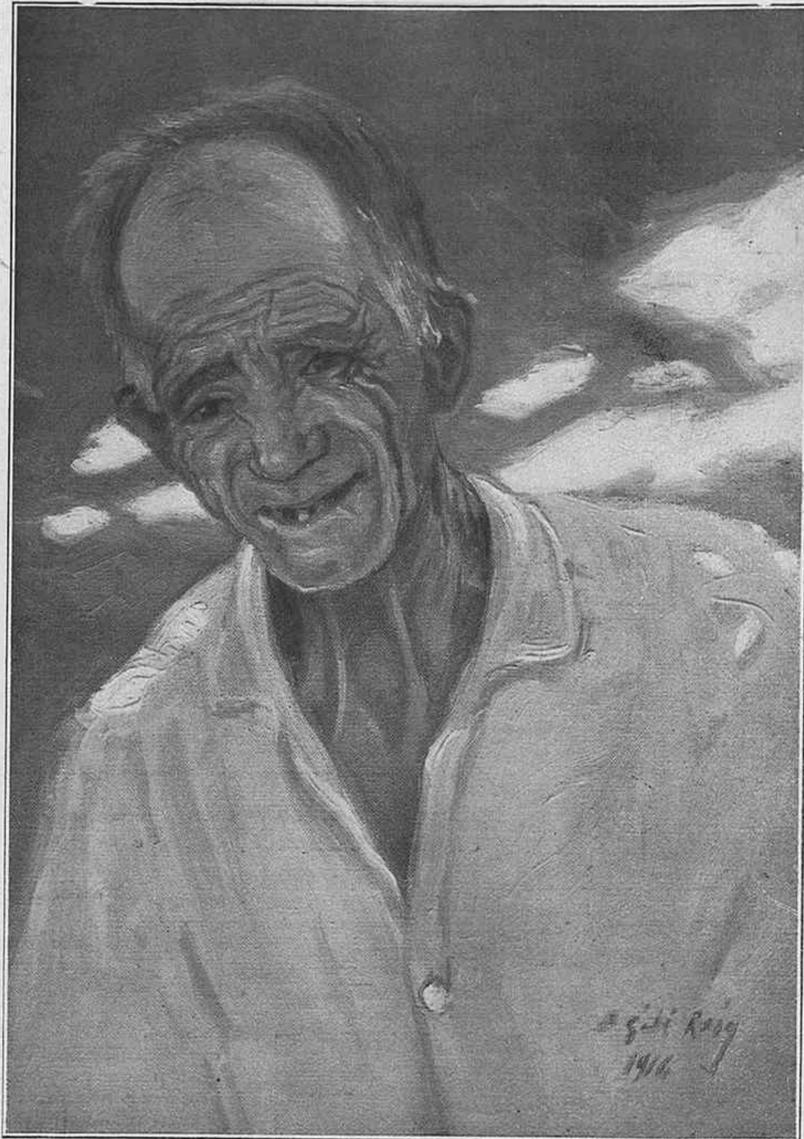


S. M. el Rey con S. A. el Infante D. Fernando, el ministro de la Guerra y los señores de la Junta Directiva en el *hall* del nuevo edificio el día de la inauguración

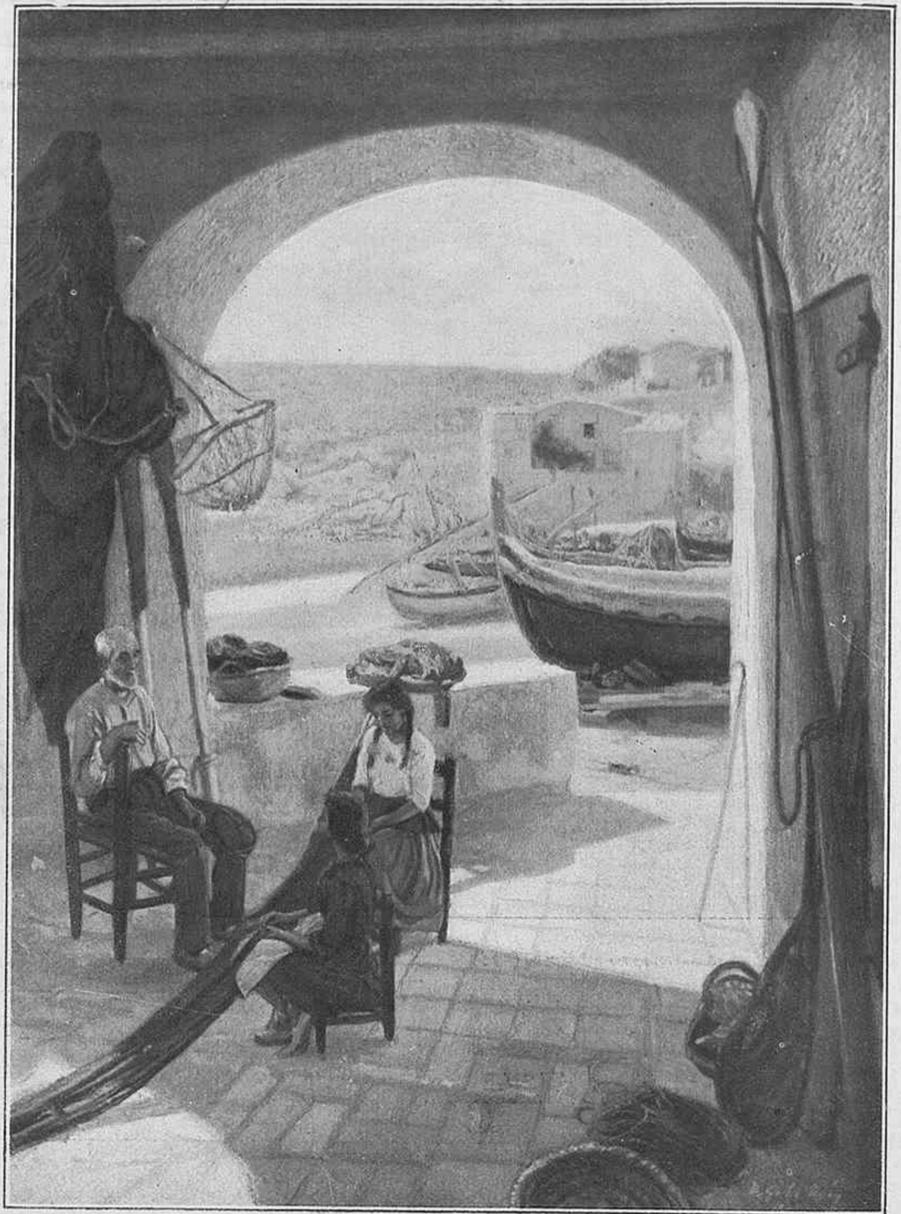


Biblioteca del nuevo edificio. - Salón de conversación. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

CUADROS DE BALDOMERO GILI Y ROIG
(Fotografías de F. Serra.)



Viejo pescador



En la costa catalana

Gili y Roig es un artista de talento, estudioso y trabajador. Joven todavía, ha producido ya no pocas obras notables que han merecido honrosas distinciones en algunos certámenes y laudatorios conceptos de la crítica.

Hay en sus cuadros una clara percepción del natural y en ellos se revela el propósito del artista de reproducirlo tal como lo ha percibido, sin falsearlo con artificios ni efectismos, con una sinceridad y una sobriedad dignas de alabanza.

Los cuadros suyos que en esta página y en la 761 reproducimos confirman lo que dejamos expuesto acerca de las cualidades que adornan a este pintor: con pertenecer a géneros distintos, tienen todos un sello de verdad que sólo saben dar a sus obras los artistas que ven y sienten de una manera justa las escenas, las figuras o los paisajes que llamaron su atención y en los cuales encontraron elementos dignos de ser fijados en el lienzo.

Gili es, además, un buen colorista que armoniza con perfecto conocimiento los matices y obtiene bellos efectos de luz y sombra, pero sin apartarse nunca de la realidad ni incurrir en exageraciones a que tan aficionados se muestran los que dan al color preponderancia excesiva.

LA GALERÍA SIGLO XVII
DE ANTIGUOS MAESTROS
(CALLE 23.^a, OLD BOND STREET).
LONDRES

Gracias a la Guerra podemos ofrecer cierto número de cuadros auténticos de primeros maestros, a precios muy aceptables.

Buenas adquisiciones.

Correspondencia.

Se invita a la inspección.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el outis limpio y terso
Casa CANDES
B^e St-Denis, 16

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE

El mas activo y economico, el unico inalterable. — Exigir el Verdadero, 14 R. Beaux-Arts Paris

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

EL INGENIOSO HIDALGO Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉQUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS